



HENRI BRUNEL

La Grulla Cenicienta
Los más bellos cuentos Zen

HENRY BRUNEL

La Grulla
Cenicienta

Los más bellos
cuentos Zen

Traducción
de
Esteve Serra

EL BARQUERO

Título original: *La grue cendrée.*
Les plus beaux contes zen.

© 2000, Calmann - Lévy, Paris
© 2004, de la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296. Palma de Mallorca

ISBN: 84-9716-208-0

Depósito Legal: B-6463-2004

Impreso en Limpergraf, S.L. - Barcelona

Printed in Spain

En memoria de mi madre.

*A Marc, Caroline, Frédérique, Chloé, Émeline,
Paul, Raphaëlle y Tiphaine,
mis ocho nietos.*

«Ocurre algo como en Jericó,
cuando el poder y la insistencia de las
trompetas hicieron caer los muros de la ciudad;
salvo que [...] los muros son aquellos que
encierran, pretendiendo protegerlo, al espíritu.»

PHILIPPE JACCOTTET¹

ÉRASE UNA VEZ... EL ZEN

Los maestros zen, a lo largo de los siglos, utilizaron siempre el cuento para transmitir su enseñanza. El cuento zen, una historia que nos llega de tiempos remotos, de la India, de la China, del Japón, gastada en la piedra del tiempo, y que nos ayuda a descubrir: lo invisible en lo visible, lo absoluto en lo relativo, lo eterno bajo los rasgos de lo efímero.

He aquí treinta y tres cuentos, en los que se habla de un zorro, una tortuga, una serpiente, de dragones, de monjes, de un asno, un león, un conejito blanco, una bella cortesana, una mujer de hielo, una llana encantada, un tambor mágico, un mono, un cuervo, un noble samurai, una conmovedora grulla cenicienta... Palabras, verdaderamente «hadas», que tocan en nosotros alguna gracia de la infancia y por caminos insólitos nos ayudan a cruzar la «puerta sin puerta» y nos hacen más accesibles la prodigiosa libertad, la sabiduría y el misterio del zen.

EL NOBLE SAMURAI

Un hermoso día de verano, un noble samurai, reconocible por su moño de guerrero, sus manguitos metálicos, su coraza de cuatro faldones y los dos sables tradicionales, penetra con paso firme y tranquilo en una modesta venta. Estamos en el siglo XIV, en un pueblo de la gran isla de Honshu². Una nube de insectos zumba en el aire caliente.

*

El noble samurai se sienta, pide un plato de arroz. Deshace la parte alta de su coraza y se descarga con precaución y respeto de sus dos sables. Es el único viajero. Come con gesto armonioso y preciso, llevándose los palillos a la boca. En ese momento se oye un ruidoso griterío. Tres ronins, guerreros vagabundos, sin señor (*Daymio*)³, más parecidos, a decir verdad, a salteadores de caminos que a auténticos samuráis, irrumpen en la sala. Llaman con grosería al posadero, reclaman sake y se sientan atropellándose. Sus espadas brillan. De pronto, uno de ellos se fija en el samurai silencioso, con la nariz en la escudilla y los dos sables magníficos a su lado. Avisa a sus compañeros. Los ronins se intercambian una mirada y se consultan en voz baja. El samurai está solo, confiado. El posadero, que no es

un guerrero, no cuenta. Son tres. Ponen las manos en la guarnición de sus espadas, dispuestos a saltar. En ese momento el noble samurai levanta negligentemente el palillo, que sostiene en la mano derecha, y con un gesto cortante y limpio, vivo como un relámpago: «¡Clac, clac, clac!», abate tres moscas que zumbaban en sus oídos; y de nuevo se pone a comer tranquilamente, sin levantar la nariz del plato.

Los tres ronins dejan tres monedas de cobre en la mesa y se marchan de la venta en silencio.

*

Cuando un adepto del zen, un sabio, se ha liberado del deseo, de la vanidad y del miedo, cuando su «yo» se ha anulado, cuando se ha abierto al infinito del Atma⁴ que hay en su interior, entonces puede vencer sin sable, sin espada, sin combate.

EL LADRÓN Y EL MONJE

Érase una vez un ladrón singularmente malo y cruel. Los textos antiguos no nos revelan su nombre. Se sabe que vivió en el período Heian (794-1185), durante el reinado del sabio emperador Go-Sanjo Tenno, poco después del año mil. Su historia recuerda la de Jean Valjean, el héroe de la novela de Victor Hugo *Los Miserables*.

El lector recordará el episodio en el que Jean Valjean, evadido de presidio, es acogido bondadosamente por Monseñor Myriel, obispo de Digne. Por la mañana, Jean Valjean huye llevándose una fuente de plata y dos candelabros. Detenido por los gendarmes, es llevado a rastras ante el obispo, y el ladrón con estupefacción le oye declarar:

«Este hombre no ha robado, yo le he ofrecido esta fuente de plata y estos dos candelabros, dejadle ir en paz». Entonces... una lucecita se enciende en el alma endurecida del presidiario, una lucecita que transformará su vida.

En el cuento zen, el ladrón es un salteador de caminos que no teme rey ni roque y que, a diferencia de Jean Valjean, ha robado algo más que un pan. Pero ambas historias son gemelas.

*

En aquella época vivía en los alrededores de Heian-Kyo⁵, en un templo perdido en el bosque, un monje conocido por su gran sabiduría, llamado Shichiri Kojun. Aquella noche, el santo varón estaba solo. Recitaba *sutras* a los pies de una estatua de Buddha. De pronto, la puerta del templo se abre de golpe. Un hombre de aspecto terrorífico, toscamente vestido, irrumpe en la sala de oraciones. Pone en el cuello de Shichiri su larga y afilada espada:

«¡Monje! —vocifera— ¡dame el dinero de las ofrendas o te corto la cabeza y la hago rodar al pie de los altares!»

Shichiri estaba instalado en Siddhasana (la postura perfecta), con la espalda recta y las rodillas dobladas. Mantuvo su postura y no se estremeció ni un músculo de su rostro:

«Toma el dinero que hay en el vaso de las ofrendas —dijo—, y no me molestes en mis oraciones».

Y reanudó la recitación de los *sutras*.

El ladrón se dirigió hacia el lugar indicado y empezó a llenarse los bolsillos. Con las prisas hacía sonar las monedas, y a veces se le escapaba un juramento cuando una de ellas rodaba por el suelo. Hay que reconocer que su gran espada le estorbaba.

Al cabo de un momento, sin volver la cabeza, el monje dijo:

«No te lleves todo el dinero, que mañana por la mañana tengo que pagar el impuesto del templo».

El ladrón, impresionado por la firmeza de la voz y la sangre fría imperturbable del monje, dejó a regañadientes un poco de dinero en el fondo del vaso de las ofrendas.

Ya se iba con su botín cuando el monje le dijo:

«Cuando se recibe un regalo que dar las gracias. ¡Hazlo!»

El ladrón, subyugado, murmuró vagamente unas palabras de agradecimiento y desapareció.

Un año más tarde el ladrón fue detenido. Entre otras fechorías, confesó el robo cometido en el templo, delito que se castigaba con la muerte. Confrontado con el monje, oyó con estupor que declaraba:

«Yo, Shichiri, declaro que este hombre no profanó el templo, yo le di una gran parte del dinero de las ofrendas y él me dio las gracias; todo está en orden».

El ladrón fue condenado a tan sólo cinco años de prisión. Cuando le pusieron en libertad fue a ver a Shichiri en el templo perdido en el bosque, y se convirtió en su discípulo. A lo largo de los años, los visitantes y los peregrinos admiraron su profunda piedad. Así lo cuentan las historias del pasado.

*

*En este paisaje de primavera,
no hay mejor ni peor.
Las ramas de las flores crecen naturalmente.
Algunas son largas y algunas son cortas.*

Dicho zen

EL DIAMANTE DEL EMPERADOR

Esta historia es ahora del pasado. Había una vez un emperador tan rico y tan poderoso que reinaba sobre ochenta y cuatro mil reyes vasallos. Tenía en su harén tres mil esposas, que le habían dado cuatrocientos hijos y una multitud de hijas, y no se podían contar sus caballos, sus elefantes y sus palacios. En su juventud, este gran emperador había tenido por compañero de juegos al pintor de la corte encargado de decorar los tabiques y los biombos del «Pabellón de la pureza y el frescor». El recuerdo de ese amigo se conservaba con dulzura en su corazón.

Resulta que al gran emperador le gustaba ir a pasear, disfrazado, por las calles de su capital, Heian-Kyo, que hoy se llama Kyoto. Una mañana, mientras deambulaba por la plaza del mercado entre los puestos de pescaderos, tropezó con el cuerpo de un hombre medio enterrado bajo los desperdicios. Se inclinó y reconoció a su amigo de juventud, el pintor Toshiu. Éste llevaba el vestido roto, lleno de suciedad, y se encontraba manifiestamente en un estado avanzado de embriaguez. Compasivo, el gran emperador le metió en el bolsillo un diamante muy grande que adornaba habitualmente su oreja izquierda. Así —pensó—, cuando mi desdichado amigo vuelva en sí, encontrará el diamante, lo

venderá y podrá llevar en lo sucesivo una vida honorable. Y se marchó, muy contento de haber satisfecho a los dioses con su buena acción y por haber salvado de la miseria al amigo de su juventud.

Los años corrieron en el reloj de arena del tiempo. El gran emperador tuvo todavía cincuenta hijos. El último, engendrado por su primera esposa, nació con la piel de color de oro. Sus cabellos eran de un negro de azabache brillante, extraordinario, las palmas de sus manos llevaban la marca de la rueda de mil radios, en la planta de su pie izquierdo estaba grabada una pezuña de caballo, y en la planta de su pie derecho, una pata de elefante. Al ver estos signos, el emperador comprendió que su fin estaba próximo y que le había nacido el hijo llamado a sucederle. Entonces, «antes de pasar más allá de la tristeza», como dicen los textos antiguos, y de obedecer a la ley de la impermanencia, decidió ir por última vez a pasearse de incógnito por las calles de su capital. Al pasar por la plaza del mercado, casi chocó con un mendigo. Era Toshiba, que seguía igual de miserable:

—¡Todavía estás en este estado de pobreza! —se sorprendió el gran emperador.

—Sabes bien —dijo Toshiba— que nunca he tenido habilidad para ganar dinero, y desde que tu honorable padre me alejó de la corte, por haber pintado una escena de caza que desagradó a su tercera esposa, arrastro una vida lamentable.

—Pero, ¿cómo puede ser —dijo el emperador— que no encontraras el gran diamante que puse en el bolsillo de tu vestido?

Toshiba le contempló con expresión de asombro y respondió: —¡Ya veo que te burlas de mí! ¡Soy un miserable y ningún diamante irá a alojarse nunca en mis bolsillos!

Y diciendo esto se dio la vuelta y se fue a mendigar más lejos.

*

«Antes de pasar más allá de la tristeza», como dicen los textos antiguos, y de obedecer como todo el mundo a la ley de la impermanencia, mira los tesoros que están ante tus ojos y que no sabes ver. Así habla la sabiduría zen.

UN ASNO EN CHINA

Érase una vez un apacible jumento de Poitou al que unas circunstancias fortuitas llevaron allende los mares. El barco en el que había embarcado en compañía de treinta de sus congéneres, ochenta vacas y terneros y muchos corceiros, gallos y gallinas, naufragó en el océano Pacífico. El azar de las corrientes lo arrojó medio muerto a la costa de China. Allí tuvo que sobrevivir según la hierba y los meandros de los ríos. Así es como un año después de la catástrofe pacía tranquilamente en el corazón del bosque de Tian.

Los habitantes corrientes del bosque, el mono, el zorro y Su Señoría el tigre, nunca habían visto un animal semejante. El mono fue el primero que lo observó desde lo alto de un árbol:

—Se parece al caballo —dijo a sus compañeros—, pero es más pequeño, más peludo. Sus orejas son grandes y la cola, delgada como un látigo, termina en un mechón de pelo.

—Y ¿qué hace?

—Pace, pace infatigablemente.

—¿Tiene intenciones belicosas? —preguntó el zorro, siempre prudente.

—Por lo que a mí respecta, no les temo mucho a los comedores de hierba —declaró Su Señoría el tigre—, y, encogiéndose desdeñosamente de hombros, volvió a acostarse.

—Es decir... —dijo el mono, vacilando—, me acerqué a ese animal extraño y lo observé, oculto entre el follaje espeso de un alcanforero; de pronto levantó bruscamente la cabeza hacia el cielo y lanzó un grito ensordecedor, horrible, espantoso. Me marché lo más deprisa que pude, y aquí estoy... —concluyó tristemente.

—Hum... —dijo el zorro—, voy a deslizarme entre la hierba y voy a ver eso más de cerca. ¿Vendréis conmigo, Señor? —preguntó educadamente al Señor tigre.

—Uf... —hizo éste, jugando con sus temibles garras.

El zorro se acercó al lugar en el que el burro seguía pacienciendo. Al oír el ruido ligero que hizo, el asno levantó la cabeza y, por si acaso, lanzó un rebuzno estruendoso. El zorro, enloquecido, que nunca había oído un ruido tan estrepitoso, puso pies en polvorosa.

Presentó su informe a Su Señoría el tigre.

—¡Bueno —dijo el felino—, tendré que ir a verlo por mí mismo!

Y se levantó perezosamente, pues la noche anterior había cenado muy bien comiéndose un gordo antílope. Se dirigió al prado, donde el asno, que no sospechaba nada, pacía con toda tranquilidad, eligiendo aquí y allá las hierbas que deleitaban su paladar y añadiendo de vez en cuando algún cardo bien espinoso a modo de delicada especia.

El tigre avanzaba ágilmente. Cuando estuvo muy cerca, el asno detectó una presencia insólita entre la espesura y lanzó un rebuzno de advertencia. Al oír el formidable ruido, el tigre dio un paso atrás. Pero se serenó. —Soy el tigre, el Señor de este lugar —se dijo animándose, y se acercó de nuevo, con zancadas prudentes. Entonces el asno,

con los flancos hundidos para expulsar mejor el aire, la cabeza levantada hacia el cielo, los ollares dilatados, la cola recta y las orejas muy erguidas, lanzó tres veces seguidas un rebuzno ensordecedor, fenomenal, audible a kilómetros de distancia: «¡HI HA, HI HA, HI HA...!»

El tigre, esta vez, sintió realmente miedo. Va a devorarme —se dijo y, sin ninguna vergüenza, huyó hacia su cubil.

Casi había llegado a su casa cuando un resto de orgullo le cruzó el lomo:

—Voy a enfrentarme con ese monstruo —gruño entre su mostacho—. Se lo debo a mis gloriosos antepasados. Y, aunque tenga que perecer, no faltaré a mi honor.

Armado de un noble valor, Su Señoría el tigre volvió al prado, donde el asno de Poitou pacía apaciblemente. El felino se instaló en la linde del bosque y, bien disimulado, esperó. El extraño animal seguía paciendo. De vez en cuando, ya fuera porque hubiera detectado una presencia desconocida, o para distraerse, o para aclararse la garganta, lanzaba hacia las nubes su rebuzno sonoro. El tigre, poco a poco, se iba acostumbrando a aquel ruido asombroso, al que no seguía ningún efecto. Y las horas del día pasaron. El asno pacía, el tigre estaba al acecho. Ya casi era de noche cuando el Señor de la selva se atrevió a acercarse. El asno emitió un rebuzno indignado, que llenó de miedo a los animales del bosque. El tigre dio un paso atrás, y de nuevo avanzó. El jumento importunado dio una coz, que el tigre evitó fácilmente. El manejo se repitió varias veces. El tigre se acercaba, el asno daba una coz en el vacío.

—Bueno —se dijo el tigre, que iba tranquilizándose progresivamente—, este curioso animal no es peligroso. Posee el trueno en su gaznate, pero esto es todo lo que sabe hacer.

Y el miedo se le fue.

*

El Zen nos enseña a ver la realidad, sin apriorismos, sin deformarla, sin proyectar en ella nuestros fantasmas, nos enseña a «acogerla» tal como es. Este es el camino del Despertar.

LA TORTUGA Y LAS DOS GARZAS

En aquel tiempo, en la provincia de Hu-Nan, en el su-
reste de la China, a la orilla de un lago tranquilo, tres ami-
gas vivían en paz. Eran dos grandes aves vestidas de blanco
y gris, de pico sólido, alas inmensas como velas y cuello
largo y flexible, dos garzas cenicientas (*Area cinera*), lla-
madas Ching y Chang, y una señora tortuga de edad avan-
zada, Pi-Huan. La tortuga tenía un carácter difícil: era ren-
corosa, susceptible y gruñona, pero guardaba la casa
cuando las nobles aves se iban a pescar lejos. A su regreso
la encontraban allí, fiel. Y a pesar de su cabeza un poco ma-
ciza, su lomo estriado, su manera de retirarse refunfuñan-
do bajo su caparazón, la querían... como se ama un paisaje
familiar, un punto de anclaje en las aguas móviles, en los
cielos cambiantes.

Un día, al atardecer, mientras la señora Pi-Huan, con la
cabeza hundida en el cuello, como solía, estaba atareada
preparando la cena, Ching, que estaba posada en la rama de
un árbol y se alisaba las plumas, observó:

—Tengo la impresión de que las aguas de nuestro «lago
de la Tranquilidad» descienden de forma alarmante.

—Todos los veranos descienden —masculló Pi-Huan.

—Cuanta menos agua hay, más fácil es la pesca —dijo Chang, y se rió con despreocupación: «¡Kreeee... ik, kreeee...ik!».

—Hum —dijo Ching—, la verdad es que estoy preocupada...

La señora tortuga encogió sus hombros macizos y Chang siguió rascándose con delicia el hueco de las alas con su pico todavía rosado.

Y la noche, en el cielo anaranjado de China, cayó bruscamente. Las tres amigas se durmieron en un último resplandor.

El verano transcurría y no caía ni una gota de agua. La sequía era terrible. El nivel de los ríos bajaba, los campos de algodón y de arroz ya no se regaban. El pequeño lago apacible dejaba al descubierto su fondo fangoso. Se anunciaba un período de hambre. Una noche las tres amigas celebraron consejo:

—Debemos partir hacia el norte —declaró Ching—, toda la región hasta Cantón es víctima de la sequía, debemos marcharnos de aquí mañana mismo.

—Vayamos a ver nuevos cielos —dijo Chang con ligereza, y se rió: «Kreee...ik».

Pero una voz cortante le interrumpió brutalmente:

—¿Y yo? —exclamó Pi-Huan, indignada— ¿Cómo voy a partir? Soy vieja, mi caparazón es pesado y no tengo alas como vosotras. ¿Es que acaso pensáis abandonarme?

Las dos garzas se miraron, contritas. Es verdad —se dijeron—, no podemos dejar aquí a nuestra vieja amiga, que se vería condenada a una muerte segura. Pero ¿cómo podemos llevárnosla?

—Hay que encontrar una solución —dijo Ching.

Y las tres, bajo el cielo anaranjado de China, fueron a acostarse con el pensamiento ocupado por sombrías reflexiones.

Al día siguiente, en la aurora, celebraron un conciliábulo. Ching estaba en equilibrio sobre la pata derecha, Chang sobre la izquierda, y la señora Pi-Huan tenía una mirada furiosa e inquieta en sus ojos, que se desbordaban del cuello de su caparazón. —¡Ni hablar de quedarme sola aquí y morirme de sed!— estalló.

—Querida amiga, estoy de acuerdo con usted, pero ¿cómo transportarla? ¡Se trata de un largo viaje! —suspiró Ching.

—Y es usted pesada, señora Pi-Huan —bromeó Chang—. Me acuerdo de cuando, el verano pasado, me pisó el pie. ¡Ay!

—Fue culpa tuya...

—¡En absoluto!

—Quizá tengo una solución —dijo Ching—, podríamos cortar un sólido bastón, Chang y yo lo sostendríamos cada uno por un extremo, y Pi-Huan lo mordería por el centro...

—Bravo —dijo Chang—. Es una idea extraordinaria, y la señora Pi-Huan no nos dará dolor de cabeza con su charla.

Se rió con ganas: «¡Kreee...ik!». La tortuga, un poco más tranquila, tuvo la prudencia de sonreír y no dijo nada.

—Señora Pi-Huan —insistió Ching—, sobre todo no abra la boca, volaremos a gran altura y, a pesar de su caparazón, si se cayera se rompería la crisma.

La tortuga asintió con un movimiento de cabeza.

*

Una hora más tarde las tres amigas alzaron el vuelo. El despegue fue un poco difícil. Las dos garzas no estaban habituadas a aquella sobrecarga insólita, pero pronto adoptaron un ritmo regular desplegando al unísono sus poderosas alas. Debajo de ellas desfilaba una campiña desolada. Campos de algodón devastados, arrozales abandonados, aquí y allá esqueletos de animales. Hacia mediodía, a medida que avanzaban hacia el norte, el paisaje se volvió más verde, más risueño. A media tarde, unos campesinos que trabajaban en los campos se dieron cuenta de su extraña tripulación:

—¡Mirad esa tortuga, qué inteligente es! —exclamaron— ¡Se hace transportar por dos garzas!

Pi-Huan se abstuvo de responder, pero mientras mordía el bastón con energía saboreaba los cumplidos. Ahora sobrevolaban una ciudad, con sus templos, sus jardines, sus pagodas de tejados de oro, y los comentarios halagadores que subían hasta ella embriagaban a la señora Pi-Huan como un incienso:

—¿Es la reina de las tortugas? ¿Os habéis fijado en esa brillante tripulación? ¡Qué manera más inteligente de viajar!

Las dos garzas proseguían su vuelo regular, pero la fatiga empezaba a entumecer sus alas. Tenían prisa por encontrar un río o un lago apacible junto al que posarse.

Cuando pasaron por encima de un prado, unos pastorcillos las señalaron con el dedo. La señora Pi-Huan, que no se cansaba de los cumplidos, aguzó los oídos:

—Mirad esas dos garzas —dijo un muchachito—, llevan esa tortuga palurda, sin duda para amenizar su cena. ¡Qué inteligentes!

—¡Estúpidos pastores, no entendéis nada! —quiso gritar Pi-Huan. Pero apenas abrió la boca se soltó del bastón

y se estrelló contra el suelo, con el caparazón reventado. Las dos garzas descendieron planeando, arrancaron una pluma gris y una pluma blanca de sus alas en señal de duelo, giraron un momento por encima de su pobre amiga y pronto desaparecieron en la lejanía.

*

El sabio, dice el maestro del Zen, recibe con la misma indiferencia el halago y el desprecio. Es semejante a la llama de una vela, que sube recta y clara y que, al menor soplo, no flamea. Nadie puede agredirnos moralmente sin nuestro consentimiento, somos nosotros quienes abrimos las esclusas de la tristeza. Ninguna injuria podía hacer que la tortuga se soltara. El insulto, el desprecio, el anatema, representan la opinión del que los profiere, son su problema, no el nuestro. Puede ser, por lo demás, que la crítica esté justificada; entonces debemos aceptarla como tal. ¿Quién es perfecto? También puede ser que sea errónea, parcial, injusta; entonces la dejamos en la boca del que la ha pronunciado. Nuestra paz, nuestro destino, están en nuestras manos. «En nuestros dientes», refunfuña el fantasma de la tortuga.

EL LEÓN Y EL CONEJITO BLANCO

Esta historia es ahora cosa del pasado. En aquella época vivía en la provincia de Heian-Lung Chian, en el noreste de la China, un conejito blanco, cuya madriguera estaba al lado del antro de un león. Ping-Pang era un conejillo encantador que adoraba retozar entre la hierba y el rocío; siempre estaba dispuesto a reír y a divertirse. Tenía esposa y siete hijos. Su vecino, Chong-Chang era todo lo contrario: un viejo león gruñón, arrogante y solitario.

¡Siete hijos —exclamaba precisamente aquella mañana el viejo león—, y es la tercera camada del año! ¡Decididamente, mi pobre Ping-Pang, eres un irresponsable!

—Pero, Señor —se defendía el conejito blanco—, nunca nos metemos en su territorio, y he advertido seriamente a mis hijos al respecto.

—Sin duda, pero vuestra misma existencia ya es una molestia, un absurdo.

—Sin embargo...

—Yo soy bello y noble, una orgullosa melena corona mi testa, mi piel brilla al sol; mi mirada imperiosa y mis ruidos inspiran respeto..., mientras que tú eres un animal ridículo e inútil.

Prudentemente, Ping-Pang no respondió y continuó

brincando al sol. Pero cuando ejecutó tres bellas cabriolas ante la cueva del león, éste fue presa bruscamente de un furor espantoso:

—¡Ya es suficiente! —rugió— ¡No voy a soportar más tus modales insolentes! Te doy cuarenta y ocho horas para encontrar otra madriguera. ¡Si tu familia de piojosos no se ha largado en dos días, os aplastaré con mi pata a todos, hasta el último!

—Pero Señor —argumentó Ping-Pang azorado—, ¿cómo quiere que descubramos en tan poco tiempo el terreno arenoso, bien expuesto al sol, que se necesita para excavar una nueva madriguera? Tenga piedad, Señor, mis crías todavía no tienen pelo, ni siquiera han abierto los ojos. Se lo suplico, Señor, denos un poco más de tiempo...

—¡Dos días, ni un segundo más! —rugió Chong-Chang.

El conejito volvió a su casa pensativo. Estuvo meditando hasta la noche. Finalmente su humor amable reapareció.

—He resuelto nuestro problema —confió a su esposa—, no te preocupes por nada.

Se acostó, tranquilizado, y en la madriguera todos durmieron en paz. Al día siguiente, cuando apareció el alba de dedos de rosa, Ping-Pang se dirigió a la cueva de su terrible vecino:

—Oh grande y poderoso Chong-Chang —dijo haciendo una gran inclinación—, ayer estuve buscando un emplazamiento para instalar una nueva madriguera, de acuerdo con sus órdenes, noble Señor...

El león dio un gruñido de aprobación.

—...y conocí, al otro lado de la montaña, un animal que declaró: «Yo soy el más fuerte, el más poderoso, el rey de

este valle y de todas las tierras a la redonda». Y rugió de un modo terrible. Su aspecto espantoso me heló la sangre, ¡todavía tiemblo ahora!

—¡Estúpido «culiblanco», miserable conejo de monte! ¿Por qué no explicaste a ese animal pretencioso que soy YO el más fuerte, el más poderoso, el rey de todas las tierras a la redonda?

—¡Se lo dije, Señor! Se rió y me respondió que le derribaría de un manotazo, que le aplastaría como a un vulgar mosquito.

—¡ARRUUUU...GH! —explotó el viejo león— ¿Ese fanfarrón, ese bufón, pretende que me aplastará de un manotazo? Llévame hasta él, me lo comeré de un bocado...

—Es que... —vaciló Ping-Pang.

—¡Tienes miedo! —dijo riéndose burlescamente Chong-Chang— ¡Pongámonos en camino inmediatamente! —aulló.

—Bien, Señor —dijo el conejito humildemente.

Mostraba un aspecto tan humilde, tan contrito y tan sumiso que cualquiera que no fuese el león habría desconfiado.

El camino fue largo, pues Ping-Pang daba muchos rodeos, mientras su compañero se ahogaba en una vana cólera:

—¡Cómo! —se decía a sí mismo— ¡Osar desafiarme, a MÍ, Chong-Chang, qué imprudencia! ¡Reduciré a voluntad a ese fatuo, a ese jactancioso, haré de él un esqueleto para las hienas, carroña para los buitres!

Y el viejo león se enardecía a medida que la caminata se prolongaba. Caía la noche cuando Ping-Pang se detuvo:

—Señor león —dijo esbozando una reverencia—, el que afirma que le aplastará de un manotazo está aquí, al fondo de este pozo.

Chong-Chang se arrojó inmediatamente sobre el brocal y volvió hacia el fondo del pozo su rostro irritado. Entonces vio una bestia espantosa que mostraba unos horribles colmillos entre sus belfos entreabiertos. Chong-Chang tuvo como un escalofrío. Pero se dominó. Su cara se descompuso de cólera, una mueca de pesadilla le respondió, y cuanto más se sofocaba de rabia, más manifestaba un coraje parecido el otro animal. Chong-Chang explotaba, su adversario echaba espumarajos, y los rugidos de ambos se mezclaban en un solo grito abominable:

—¡ARRUUUUU...GH!

—¡ARRUUUUU...GH!

Cuando el eco de esos rugidos apenas empezaba a extinguirse, Chong-Chang oyó una risita divertida. A unos pocos pasos de distancia el conejito blanco, erguido sobre sus patas traseras, se burlaba abiertamente de él. Entonces el viejo león sintió bruscamente la fatiga de la caminata, el peso de los años, la melancolía de su soledad. Comprendió que se había enfurecido contra su propia imagen, su reflejo en el agua del pozo. Sintió vergüenza. Decidió no volver más a su guarida y terminar sus días al otro lado de la montaña.

Ping-Pang, alisándose el bigote, regresó tranquilamente a su casa.

*

—¿Qué es la Vía? —pregunta el discípulo.

—La percepción aguda de la evidencia de las cosas —dice el maestro zen.

HISTORIA DE RYONEN

Ryonen, cuyo nombre significa «clara comprensión», era una muchacha adornada con todas las gracias. Con su blanca tez anacarada, su espesa cabellera dispuesta en un pesado moño en la frágil nuca y sus ojos profundos como un lago, era elegante y fina, y su compostura era perfecta. Ryonen pertenecía a una noble familia de guerreros samuráis, poseía un gran talento como música y también estaba dotada para la pintura y la poesía. La emperatriz se fijó en ella entre todas las damas de palacio y la hizo entrar en su círculo íntimo. Ryonen tenía entonces diecisiete años, y esta historia tenía lugar hacia el año 1700, en el período Edo, durante el shogunato de Togugawa Toshimune, cuyo sabio gobierno proporcionó al Japón un largo ciclo de paz y prosperidad.

Ryonen no se contentaba con ser maravillosamente bella, sino que unía a las cualidades del espíritu las del corazón, y todo el mundo, desde la más noble dama hasta la menor sirvienta, la amaba. Por eso la sorpresa y la consternación fueron unánimes cuando anunció que deseaba retirarse a un monasterio para estudiar el Zen. Su familia, alertada, se negó rotundamente. Ryonen insistió. Se llegó a un compromiso. Primero Ryonen tenía que casarse y tener

tres hijos, entre ellos un varón para asegurar la continuidad del linaje. Después, si todavía lo deseaba, tendría libertad para afeitarse la cabeza e ir a mendigar su alimento por los caminos con una escudilla de arroz en la mano, o para ir a esconder su belleza en un templo zen. Ryonen respetaba a su familia y a sus antepasados, y se inclinó. Y la vida siguió su curso apacible. Su familia, tranquilizada, pensaba que habría olvidado completamente su capricho. A la edad de diecinueve años, Ryonen se casó con un gran señor en medio de fastos extraordinarios. Le dio dos hijas, que prometían ser tan gentiles como su madre, y un niño sólido y tranquilo, el pequeño Oshiba.

Pues bien, una mañana, Ryonen declaró a su estupefacta familia que debía abandonarles para seguir su destino. Deseaba retirarse a un templo zen y servir en calidad de monja. Ni sus padres, ni su esposo, ni sus hijos pudieron disuadirla. Ryonen se fue. A los veintiséis años su belleza seguía siendo esplendorosa, y la maternidad la había vuelto aún más bella. Cuando se presentó en el templo de Edo y pidió al maestro zen Tetsugyu que la aceptara como discípula, éste, después de mirarla largo tiempo, le dijo:

—Ryonen, eres demasiado bella, tu cabellera es demasiado espesa y brillante, tus ojos son lagos oscuros llenos de sortilegios. Serías una ocasión de desorden y perturbación en nuestra comunidad. No puedo admitirte.

Entonces Ryonen se afeitó la cabeza, se deshizo de todas sus joyas e incluso de un brazalete que llevaba en el tobillo desde su infancia, se puso un vestido de pobre y se presentó ante el maestro zen Hakuo, en un templo desconocido alejado de la capital. El maestro la miró largamente y le dijo:

—Ryonen, veo tu cabeza afeitada y tu vestido misera-

ble, por tus palabras adivino la sabiduría de tu corazón y presiento tus virtudes, pero eres demasiado bella; el nácar de tus mejillas haría perder la cabeza a mis discípulos más jóvenes, e incluso los de más edad verían su meditación perturbada. No puedo admitirte.

Entonces Ryonen partió por los caminos, meditando en su corazón. Una mañana, al pasar junto al puesto de un vendedor de buñuelos, agarró de pronto la sartén ardiente, se la aplicó a la mejilla derecha y la mantuvo el tiempo suficiente para infligirse una herida monstruosa. En unos instantes, su belleza excepcional desapareció para siempre.

*

*¡Cortad esa cebada de delante de la ventana!
Quiero volver a ver
Las montañas lejanas.*

Buson (1715-1783)⁶

*

El Zen nos enseña que somos de este mundo, pero que no hay que dejarse encerrar en él y que hay que apartar todo obstáculo. Pues vivimos en una casa abierta, cuyas puertas un «soplo» apenas perceptible hace golpear poco a poco hasta el infinito, hasta las «Montañas lejanas».

LA GRULLA CENICIENTA

Esta historia pertenece ahora al pasado. Una pareja de campesinos tenía un hijo único llamado Korato. Era un muchacho honrado y bueno, que cultivaba el campo familiar y cortaba leña para ir a venderla a la ciudad. Ahorrador y trabajador, era el sostén de sus ancianos padres. Korato era un hombre justo, y los dioses velaban por él...

Una mañana estaba trabajando en el bosque cuando oyó un débil ruido que parecía provenir de la copa de un pino: «Kru, u, uu...»

Prestó atención... silencio. Pero cuando suspendió un instante el hacha creyó percibir de nuevo aquella llamada: «Kru, u, uuu...»

—¿Hay alguien ahí? —preguntó levantando los ojos hacia las ramas más altas.

—Señor, ayudadme, por favor, estoy herida —dijo una voz melodiosa.

Korato se puso enseguida a trepar al árbol; se subió hasta las ramas más altas. Cuando llegó arriba de todo descubrió, medio oculta entre las hojas, una grulla cenicienta que tenía un ala colgando tristemente sobre el costado. Era una criatura de ensueño. Era grande, con un porte lleno de nobleza a pesar de su herida, de largas patas finas; un pena-

cho delicioso sobre la rabadilla la hacía aún más graciosa. Tenía un cuello fino y sobre la nuca se distinguía la adorable mancha roja carmín que es la marca de la especie... y ese color ceniciento, en todos los tonos de pizarra, esos acordes de gris, con matices plateados en el joven sol del alba. Korato quedó fascinado. Se puso a socorrerla. Como no podía moverla, se fue a buscar agua y comida. Así, durante varias semanas, la cuidó.

Hablaban. Ella le contó su historia:

—Hace siglos y siglos —dijo la grulla— yo era una princesa de la corte del gran emperador Mahayana, del que mil reyes eran vasallos. Este gran monarca tenía tres hijos: Mahanada, el primogénito, el segundo, Mahaveda, y el benjamín, Mahasattva. Yo debía casarme con el mayor, pero amaba al benjamín, que era tierno y dulce. Huí con él. Nos alcanzaron y me condenaron a muerte. Desde entonces estoy encadenada a la rueda de la vida y sigo el ciclo de los renacimientos.

—Korato —le dijo ella una noche—, me recuerdas a Mahasattva, el hijo más joven del emperador Mahayana; eres dulce y bueno como él.

Al día siguiente, cuando Korato trepó a la copa del pino, la grúa cenicienta había desaparecido. Ya estaba curada y se había marchado. Entonces el joven se hundió en la melancolía. Trabajaba en silencio, y dejó de comer. Sus padres se preocupaban. Su madre, que era una mujer dura y práctica, se lamentaba así:

—¿Qué será de nosotros si nuestro hijo se muere? Apenas he podido esconder doce moneditas de cobre en una olla. Pronto no nos quedará nada...

Se retorció las manos de desespero.

Unos días más tarde, por la mañana, llamaron a la puerta de la choza. Korato ya estaba trabajando en el bosque. La madre fue a abrir. En el umbral había una muchacha muy hermosa, con su hatillo en la mano:

—Busco a un tal Korato —dijo.

—¿Qué quieres de él? —preguntó la madre, desconfiada.

Y añadió, refunfuñando:

—No está aquí, y no regresará hasta la noche.

—No importa, le esperaré —dijo la muchacha con voz dulce, y se sentó delante de la casa, con su hatillo al lado.

Permaneció allí durante todo el día. Cuando los padres, al pasar, le dirigían una ojeada curiosa, ella respondía con una sonrisa modesta. Finalmente, Korato regresó. Estaba fatigado y triste, como todos los días desde que partió la grulla cenicienta, que le había hechizado el corazón.

—Buenas tardes —dijo la bellísima joven.

—¿Quién eres? —preguntó Korato.

—Tengo cosas importantes que deciros... —y sonrió.

—Entra —dijo Korato en tono cansado.

Pero cuando su mirada se cruzó con la de ella en el umbral, percibió en los ojos de la misteriosa joven una infinidad de cielos grises. Y su corazón se turbó.

—Señor Korato —dijo la bella visitante—, mi nombre es «la Humilde Osaku», sé coser, tejer, cocinar, encender el fuego, y no me desanimo ante ninguna tarea. Deseo casarme con vos.

Korato miraba a la muchacha, asombrado.

—¿Limpiarás también la cabaña, barrerás el umbral, cuidarás al padre, que está enfermo? —preguntó la madre.

—Seré una nuera dócil y os serviré, madre —dijo la Humilde Osaku, bajando los ojos e inclinándose con respeto.

—Cásate con ella, Korato —decidió la madre.

Y así se hizo.

Casado con la Humilde Osaku, Korato conoció su belleza, unida a la dulzura de corazón, la modestia, el valor y el ardor en el trabajo. Ejecutaba todas las tareas sin quejarse nunca. La madre estaba satisfecha. Y la alegría volvió poco a poco al corazón del joven.

*

Pasó el tiempo. La madre, que ya casi no hacía nada, tenía tiempo para reflexionar. Un día dijo a su nuera:

—Humilde Osaku, he mirado por casualidad en tu hatillo, que habías escondido en el fondo del armario, y he descubierto un trozo de tela maravillosa. ¿La has tejido tú?

—Sí, madre.

—Pues bien, hija mía, ¿por qué no te pones a trabajar? Te procuraremos un telar y nos fabricarás una tela, que podremos vender en la ciudad.

—Madre —dijo tímidamente la Humilde Osaku—, somos pobres, pero no nos falta nada, y ese trabajo entraña peligros...

La madre no escuchó. Tenía el corazón lleno de deseos insatisfechos. No dejó de hablar de ello a su hijo a todas horas. Tanto y tan bien lo hizo que una noche Korato dijo a su esposa:

—Tierna amiga, ¿por qué no quieres tejer esa tela maravillosa que mi madre ha visto en tu hatillo? Podríamos conseguir monedas de oro, que mi madre podría meter en el cofre en lugar de las monedas de cobre. ¡Por fin seríamos ricos!

La Humilde Osaku cedió. Pero advirtió a su esposo:

—Tejer esa tela exige que me encierre durante un mes en el granero y que nadie venga a molestarme.

Transcurrieron cuatro largas semanas. Cuando la Humilde Osaku reapareció estaba pálida, agotada, había adelgazado y parecía estar a las puertas de la muerte, pero tenía en sus manos una tela extraordinaria, un tejido de colores brillantes, a la vez cálido y ligero, suave al tacto como la seda y confortable como el plumón, un tejido como nunca nadie lo había visto. Korato fue a venderlo a la ciudad vecina. Un gran señor le ofreció diez mil monedas de oro por él. Korato volvió a su casa loco de alegría. Compró una bella casa para sus padres y se convirtió en un honorable comerciante en madera. La Humilde Osaku no participaba de la alegría general, reanudó con dificultad su trabajo agotador y su mirada, antes tan confiada, aparecía teñida de melancolía. No obstante, poco a poco recobró una salud precaria. Nadie de la familia prestó mucha atención; el propio Korato tenía tantas cosas importantes y nuevas que hacer...

*

La madre se había instalado en la opulencia, como si fuera algo que le debieran de toda la vida. Llevaba una vida por todo lo alto, se compraba vestidos caros, e incluso se hacía llevar en palanquín. Quería rivalizar con las damas más bellas de la ciudad. Un día se dio cuenta de que el montón de oro del cofre, que gastaba sin reparos, disminuía. Pronto se llegó a un nivel crítico. Entonces se acordó de su nuera:

—Hija mía —dijo brutalmente—, vas a ponerte a trabajar otra vez y a tejernos una tela que mi hijo podrá vender en la capital, y quizá en la corte...

Y se imaginaba ya con avidez el gran montón de oro que podrían meter en el cofre.

—Madre —intervino débilmente Korato—, ya sabéis

que esa tarea es muy agotadora y que después mi esposa estuvo enferma mucho tiempo...

—¡Tonterías! —interrumpió la madre— Las jóvenes de hoy en día se quejan por nada.

Renovó su petición todos los días. No dejaba a su hijo en paz ni un instante, unas veces insistente, autoritaria, otras zalamera, o bien se quejaba con amargura:

—¡Te niegas a conceder este último placer a tu vieja madre, que tanto se ha sacrificado por ti!

Finalmente Korato cedió.

—Haz lo que pide mi madre —dijo a la Humilde Osaku.

Su tierna esposa le dirigió una larga mirada, en la que se mezclaban la desesperación y la resignación:

—Esta vez —dijo tan sólo— tendré que estar tres meses en el granero.

—¡No lo aproveches para holgazanear! —gritó todavía la madre mientras la Humilde Osaku desaparecía en el desván.

Durante un mes la madre contuvo su impaciencia. Pero una sospecha la atormentaba. ¿Qué hacía su nuera? ¿Soñar en vez de trabajar? ¿Había manifestado tan poco entusiasmo! Y la madre, que soñaba en las monedas de oro brillando en la penumbra del cofre, se sentía el corazón ardiendo de codicia. Una mañana del segundo mes no pudo resistir más y, a pesar de su promesa, subió al granero. Cuando llegó ante la habitación de su nuera, pegó la oreja a la puerta. Ningún ruido, apenas se distinguía el batir suave y regular de un telar. Entonces, devorada por la curiosidad, la madre entreabrió la puerta, muy poco, justo el espacio necesario para lanzar una ojeada. ¡Lo que vio le hizo lanzar un grito de espanto! Delante de un gran telar, una

grulla cenicienta se arrancaba las plumas de las alas para fabricar la tela maravillosa, estaba llena de salpicaduras de sangre y su pobre cabeza estaba exsangüe. La madre se quedó petrificada en el umbral. La grulla cenicienta reunió las últimas fuerzas que le quedaban y se fue volando por la ventana.

Korato la encontró al atardecer en la linde del bosque. Sus alas mutiladas le habían impedido ir más lejos. La hermosa grulla cenicienta murió no lejos del pino en que Korato la había encontrado antaño, mientras el sol poniente acariciaba por última vez los tonos de pizarra, el cielo gris matizado de su plumaje desgarrado.

*

La pasión seca de los ambiciosos, de los ávidos de corazón, el deseo desenfrenado de honores, de poder, la sed de riquezas: «La carrera y la sed, la sed y la carrera a la vez», dice el poeta, la necesidad de poseer, de *tener* cada vez más, sin fin, sin tregua ni control... ésta es la desgracia del hombre, y su prisión.

El zen nos abre los ojos, enseña el desapego, la ligereza, la sabiduría del humor, permite el olvido de sí, la compasión, nos ofrece la paz interior y la libertad.

*

«Actúa en el mundo como si jugaras; oh Raghava, ardiente en el exterior, no quemado en el interior; implicado sin estarlo; ve por el mundo como si jugaras, oh Raghava...», dice la *Baghavat Gîtâ*.



FRAGMENTOS DE ZEN

Lo que los maestros zen denominan, según la expresión ritual, los «medios hábiles»: el tiro con arco, la pintura, el arte del té, la composición floral, los jardines de piedra, los haikus, los cuentos... son procedimientos que permiten alcanzar el Despertar. Pierden su valor cuando se toman como fines en sí mismos.

«Cuando el maestro señala la luna, el necio mira el dedo».

Sentencia zen

*

*Sin pensar en nada, estaba apaciblemente sentado
en mi despacho de funcionario.*

*Mi mente fluía, imperturbada, como una fuente
límpida.*

*Bruscamente el trueno y los relámpagos:
las puertas de mi mente se abrieron de par en par.
Y he aquí al anciano sentado, allí... en su lugar
habitual.*

Simplemente.

Cómo Chao-Pien, funcionario
del gobierno, conoció el Despertar

*

*Canto la maravilla de Dios,
mi corazón se ha embriagado de gozo en su presencia.*

[...]

*Mi Salvador me ha mirado,
a mí que soy tan pequeña.*

Magnificat⁷



EL DIOS DEL MAR

el viejo Japón, el monje peregrino divulgaba de provincia en provincia, de aldea en aldea, los cuentos edificantes, venidos de la India fabulosa o de la lejana China. El santo varón se instalaba en la oscura sala. Unas brasas despedían su fulgor rojizo en el hogar; a su alrededor los campesinos formaban un círculo, y él comenzaba con el ritual familiar:

ESTO ES LO QUE OÍ:

Un hombre, que tenía mujer e hijos, se iba a trabajar al campo. Llevaba en el hombro un binador y su ropa era la de un campesino. Por el camino una mujer joven y muy gentil le detuvo:

—Cásate conmigo —le dijo—. Lo quiero, y nadie podrá impedírmelo.

Después de vacilar un poco, el hombre, subyugado por su gran belleza, aceptó. La hermosa mujer le dijo:

—Quiero mostrarte mi casa y presentarte a mi padre.

El hombre la siguió. Ella lo llevó a la playa.

—¡Entra en el mar! —dijo la mujer.

El hombre se echó atrás, asustado. Pero ella le dijo:

—Nos cogeremos del brazo, no tienes que temer nada.

Se sumergieron en el agua, recorrieron un largo camino y llegaron finalmente ante un palacio magnífico. La bella mujer presentó el hombre a su padre, que era el dios del mar.

—Este es el marido que he encontrado.

—Sé mi yerno a partir de ahora —consintió el dios. Y así se hizo.

*

Sin embargo, el hombre continuó aparentemente llevando su vida habitual. Vivía con su mujer y sus hijos. Pero cuando partía por la mañana, con el binador al hombro, en vez de irse a trabajar al campo, se dirigía a la playa y descendía al maravilloso palacio del mar. Las cosas siguieron así durante un tiempo. Un día, la mujer empezó a sospechar. Siguió a su marido. Lo vio entrar en el mar, lo siguió a su vez y se aventuró en el palacio del fondo del agua. Los guardianes la sorprendieron. Se disponían a arrojarla como pasto de los peces hambrientos cuando el marido intervino:

—Es mi mujer de la tierra —dijo—, la madre de mis hijos. Voy a llevarla a casa.

Al llegar a su casa, el hombre explicó a su esposa:

—Me he casado con la hija del dios del mar. Nuestro hijo mayor ya tiene edad para reemplazarme en los campos. En cuanto a mí, tengo que dejaros, en lo sucesivo ya no pertenezco a este mundo.

*

—Cada uno de nosotros —concluyó el monje peregrino— es en verdad un dios en el palacio del mar. Esto es lo que quiere decir este cuento. Por hoy no vais a escuchar más.

ÉRASE UNA VEZ TRES JINETES

Érase una vez tres jinetes. El primero, completamente vestido de oro, brillaba como un sol. El segundo, vestido de blanco y plata, resplandecía. El tercero, color de bronce, era gris de la cabeza a los pies. Los tres frecuentaban el espeso bosque próximo a Osaka. Las frías noches de invierno, los pobres leñadores les oían pasar. A veces vislumbraban las grandes espadas brillando bajo la luna. Y todos regresaban a sus casas aterrorizados.

*

Una noche de año nuevo, el pobre Gohei temblaba de frío en su cabaña. Decidió arrancar algunas tablas para encender fuego. Apenas había levantado tres tablas cuando surgió ante él un viejecito, al que había hecho salir de su escondrijo.

—¿Quién eres, y qué hacías bajo el suelo de mi casa? —preguntó Gohei.

—Soy el dios de los pobres y me había refugiado en tu casa para pasar tranquilamente el invierno —dijo el intruso.

Gohei, que tenía buen corazón, le invitó a calentarse y a compartir su modesta comida. Cuando el dios hubo va-

ciado su escudilla, se acarició el estómago con satisfacción y declaró:

—¡Ahora me tomaría con gusto un vasito de sake!

—No tengo sake —confesó Gohei.

—¡Cómo! ¡Ni siquiera una gota de alcohol para celebrar el año nuevo!

—Te he ofrecido todo lo que tenía —dijo Gohei—, y no lo lamento —añadió—, pues hemos conversado amigablemente y es la nochevieja más agradable que he vivido en muchos años.

—Eres un buen chico —dijo el dios de los pobres—, pero eres decididamente demasiado pobre, incluso para mí, y por eso voy a marcharme de tu cabaña. Pero antes te confiaré un secreto que te permitirá, si quieres, hacerte rico.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Gohei con los ojos brillantes.

—La próxima vez que pasen los tres jinetes, agarra un caballo por la brida y deténlo, cueste lo que cueste.

Y tras decir estas palabras, el dios de los pobres se desvaneció en el aire, tan rápidamente que Gohei casi creyó haber soñado.

*

La noche siguiente, Gohei, temblando pero decidido, se encontraba en medio del sendero que utilizaban los tres jinetes. Dieron las doce. Los jinetes llegaron como un huracán. El primero iba vestido con una larga túnica de oro, y llevaba la cara cubierta con una máscara tan horrible que Gohei dio un paso atrás; el segundo, de blanco y plata, ya estaba allí, blandió una espada amenazadora y pasó. El último caballero era gris y apenas se le distinguía en la noche.

Gohei se arrojó sobre él, agarró las riendas, pero el caballo se encabritó y se soltó. Y pronto se apagó en la lejanía el galope de los tres jinetes. Desesperado, Gohei regresó a su cabaña. Allí encontró al dios de los pobres:

—¡Gohei, Gohei... —dijo éste moviendo la cabeza—, así que no quieres salir de tu miseria! Escucha, quiero concederte una última oportunidad. Esta misma noche, colócate en el camino de los tres jinetes. Trata de detener a uno de ellos. Si no lo consigues, toda la vida serás un miserable. ¡Lo único que necesitas es VALOR! Tu destino está en tus manos —insistió.

Y el dios desapareció, dejando en su lugar un humo ligero.

*

Al día siguiente hizo menos frío. La tierra estaba embarrada. Gohei, que había repetido cien veces los gestos necesarios, tuvo miedo de resbalar. A medianoche, sólidamente apuntalado en medio del sendero, esperaba, con todos los sentidos despiertos. De pronto, a lo lejos... el galope sordo de los caballos. El primero ya llegaba, inmenso, dorado, espantoso, brillante bajo el resplandor de la luna. Gohei separó los brazos. Dando un brinco prodigioso, el jinete salvó el obstáculo y pasó. El segundo ya estaba allí. Gohei se lanzó sobre las riendas, pero le resbalaron de las manos en un destello plateado. Entonces Gohei decidió morir antes que dejar escapar al último jinete. Cogió la brida del caballo gris, se agarró a ella, se aferró a ella con uñas y dientes, se colgó de ella con todas sus fuerzas. El caballero levantó su gran espada, el desgraciado cerró los ojos pero no soltó las riendas. El caballo se llevaba a Gohei, lo arrastraba, lo sacudía como a un saco de arroz, pero él se-

guía resistiendo. Poco a poco, la marcha del caballo fue disminuyendo su velocidad. Gohei abrió los ojos, el jinete había desaparecido y en su lugar tenía en las manos unas alforjas llenas hasta el borde de monedas de bronce.

Gohei nunca poseyó monedas de oro o de plata, nunca fue rico. Pero tuvo suficientes monedas de bronce para vivir decentemente. Se casó con una muchacha modesta y buena. Tuvieron muchos hijos y vivieron felices durante mucho, mucho tiempo.

*

Los héroes, por excelencia, simbolizan el valor. Pero los criminales a veces también lo tienen. Extraña virtud, que tanto se une al mal como al bien, y sin la cual, sin embargo, las más bellas virtudes no son más que insignificancias..., las otras virtudes no son nada.

«Sin el valor —dice el maestro del Sesshin⁸, el Zen es tan sólo un sueño de Zen».

YAMAMBA

El Zen hace que nos desprendamos de nuestras maneras de pensar habituales. Más allá de los conceptos y de las palabras, nos transmite una verdad que apunta directamente al corazón del hombre.

*

Érase una vez... dos monjes que iban de regreso hacia su convento, cerca de Edo⁹. Se habían retrasado a causa de una pareja de campesinos que les habían pedido que bendijeran a su hijo recién nacido, y también su casa y su rebaño. Por cortesía, y por caridad, habían bebido uno o dos vasos de sake. Ahora se encontraban en el lindero del bosque y ya caía la noche.

Uno de los dos monjes era ciego y su compañero lo guiaba:

—No temas nada, Djiro —dijo el monje guía—, tenemos que atravesar el bosque, donde viven, según las leyendas, monstruos y brujas, pero yo abro bien los ojos y te protegeré contra todos los peligros.

Y añadió, con una voz a la que daba firmeza:

—¡Cógete de mi brazo y avancemos intrépidamente!

Los dos monjes llegaron al corazón del bosque cuan-

do, de pronto, una tarasca abominable salió de entre la espesura. Era Yamamba, la vieja bruja desdentada, la espantosa dama de los bosques. Era inmensa, con grandes ventanas de la nariz, una nariz monstruosa y unos ojos inyectados en sangre en los que parecían girar ruedas de fuego. Su lengua rojo escarlata le colgaba hasta la cintura. Sus cabellos grises y sucios flotaban en el viento. Tenía unos largos brazos de esqueleto terminados en unas garras de pesadilla, y sus pies peludos golpeaban el suelo con rabia. Todos los huesos del cuerpo del monje que servía de guía se pusieron a temblar.

—¿Qué tienes, hermano? Ya no oigo tu voz y siento que te tambaleas junto a mí. ¡Háblame, te lo ruego!

El monje clarividente, paralizado de terror, no podía emitir ningún sonido. Y la horrible Yamamba seguía avanzando, tendiendo hacia los dos monjes sus garras aceradas; sus ojos se enrojecían y su boca se torcía en una risa espantosa.

—Noto que no estás bien —dijo el ciego—; no entiendo por qué, pero deja que te sostenga y te guíe yo ahora, apóyate en mí.

Y con paso firme el ciego arrastró a su compañero en dirección a Yamamba, a la que no veía.

El monstruo, estupefacto, vio como los dos monjes avanzaban directamente hacia él. No manifestaban ningún miedo y parecían indiferentes a su aspecto aterrador. Entonces Yamamba sacó su enorme lengua roja y viscosa desde el abismo de su boca hasta sus pies peludos. Fulminó a los monjes con su mirada incandescente, abrió y cerró sus garras amenazadoras. Todo fue en vano. Conducidos con mano firme por el ciego, los dos monjes seguían avanzando.

Yamamba, vencida, se desvaneció en el aire y desapareció.

*

Este relato da que pensar: de los dos, ¿quién era el verdadero impedido?

EL DRAGÓN DE LA LLUVIA

En la China los dragones ejercen funciones muy importantes. El «dragón rojo», por ejemplo, al que también llaman «el dragón del fuego», si abre los ojos, aparece el alba, y si los cierra se hace de noche. ¡Qué responsabilidad! El «dragón del trueno y los relámpagos» vigila las tormentas. ¡Duro oficio! El «dragón de las nubes» las reúne como si fueran ovejas, es el pastor de los cumulonimbos. ¡Y nada es más juguetón y malicioso que una nube! Se esconden, se metamorfosean en león, tiburón o jirafa, se deshilachan, se dispersan... ¡Cuánto trabajo! Pero los dragones que tienen por misión echarse sobre el sol y la luna y morderles el trasero para impedir que vagabundeen son quizá los menos apreciados, y sin embargo realizan una tarea indispensable. ¿Qué decir, por último, del «dragón de la lluvia»? Debe verter el agua de la jarra mágica sobre las montañas, los bosques y los arrozales, ni demasiada ni demasiado poca, labor abrumadora que exige una atención constante. ¡Imaginemos que riega por distracción el desierto de Gobi!

*

Se comprende, por lo tanto, que los dragones necesiten de vez en cuando un poco de descanso y de fiesta. Una de

las mejores ocasiones es el aniversario del emperador de los dragones. En el palacio celeste todo son banquetes gargantuescos, comilonas, risas y canciones. Aquel año la orgía duraba desde hacía tres días. En las salas y corredores no había más que cuerpos tirados por el suelo. El «Dragón de la lluvia» roncaba durmiendo la mona. Pero, como todo el mundo sabe, un día de los dragones equivale a un año entero de los seres humanos. Y en la tierra, en la gran llanura de la China, la situación resultaba dramática. ¡Ni una gota de lluvia desde hacía tres años! Los habitantes enviaron una delegación para suplicar al pequeño «Dragón de oro», que es el mensajero entre los hombres y los dragones del cielo.

—¡Señor dragón, salvadnos! ¡Ya no queda ni una gota de agua, los cadáveres de los animales cubren la llanura, y nos vamos a morir todos de hambre!

—Voy a intentarlo —dijo el «Dragón de oro», compadecido, y se fue volando hacia el palacio celeste.

*

Al llegar a la corte del emperador vio un espectáculo lamentable. No había más que cuerpos tumbados aquí y allá sobre las alfombras, en los corredores. Descubrió al señor de la lluvia y lo sacudió con vigor. No obtuvo más que un vago gruñido:

—¡Dejadme dooormiiir!

—Pero, Señor, los hombres se mueren en la tierra. ¡Se anuncia un hambre espantosa, necesitan agua con toda urgencia!

—¡Dejaaadmeeec dooormiiir!

En un corredor, el pequeño «Dragón de oro» encontró al señor del trueno, que estaba casi sobrio. Le explicó la si-

tuación. Aunque un poco vacilante, el «Dragón del trueno y los relámpagos» unió sus esfuerzos a los del pequeño «Dragón de oro». Sacudieron de nuevo al señor de la lluvia:

—Despertaos, se necesita agua para los cultivos, los arrozales y los pobres habitantes de la gran llanura de China.

—¡Es fi-fi-fiesta! —farfulló el «Dragón de la lluvia»—
¡No haré nada a menos que el empe-pe-perador me lo ordene expresame-me-mente! —afirmó con una obstinación de borracho.

Le suplicaron, pero fue inútil.

La situación no tenía salida. Entonces el pequeño «Dragón de oro» asumió el riesgo de ir a molestar al emperador. Pero ante la puerta de las habitaciones privadas de Su Majestad fue interceptado por dos grandes dragones bien plantados, armados con alabardas, que le prohibieron el paso:

—¡Nadie puede entrar aquí, bajo pena de muerte!

El pequeño dragón se fue retorciéndose las manos de desesperación. Pensaba en los desdichados humanos que morían en la tierra, y en algunos en particular, a los que había llegado a amar. ¿Qué hacer para salvarles? Decidió cometer el acto más grave que puede cometer un dragón: utilizar falsamente la palabra sagrada del emperador. Se acercó al señor de la lluvia y le gritó brutalmente al oído:

—Su Majestad te ordena que hagas llover sobre la gran llanura de China!

Inmediatamente, aunque medio adormilado, el «Dragón de la lluvia» cogió la jarra mágica, vertió agua sobre la gran llanura de China y volvió a dormirse.

El pequeño «Dragón de oro» regresó a la tierra y observó muy contento que los campos volvían a verdear. Sus amigos humanos estaban salvados.

Ocho días más tarde, el «Dragón de oro» era convocado al palacio celeste y llevado a presencia del emperador:

—¿Cómo has osado utilizar mi nombre sagrado y dar una orden en mi lugar? ¡Este crimen se castiga con la muerte, y puedo condenarte a ser quemado vivo inmediatamente!

—Lo sé, Señor —dijo el pequeño Dragón, con la mirada baja.

—Pero la respuesta «justa» exige a veces que se contravengan las reglas y que se desobedezca —dijo el emperador. Y, pensativo, añadió:

—La compasión es una vía de liberación.

Y, con un gesto casi paternal, lo despidió.

*

—Maestro, la lección de este cuento es muy clara.

—¿Y cuál es esta lección, Toshiba? —pregunta el maestro zen.

—La compasión de la que ha dado muestras el pequeño Dragón de oro para con los humanos es la más bella de las virtudes.

—¿Estás seguro de ello, Toshiba? Yo creo que la lección es muy distinta...

Y añade, después de un tiempo de silencio:

—¡Si encuentras a Buddha, mata a Buddha!

Los discípulos formaban un círculo alrededor del maestro y caía la noche. Más de uno, aquella noche, meditó largamente las enigmáticas palabras.

EL PLUMAJE NEGRO DEL CUERVO

Existe la «chova de las torres»: plumaje negro, nuca gris, ojos gris perla, viva, pequeña, grazna sin respiro: «Tia... chaca, chaca, cha, ca, cha...». El «grajo»: plumaje negro irisado, pico grisáceo, delgado y fino, con unos graciosos calzones en la rabadilla, y este canto en sordina: «Kaa..., ah..., ah». La «corneja negra»: completamente negra, e incluso su gran pico es negro; su graznido ronco y prolongado, «Kroá, kroá... kra-aaa», simboliza a toda la gente corvatina. El «gran cuervo», finalmente, de sesenta y dos centímetros de promedio de la punta del pico hasta la punta de la cola, de plumaje iridiscente y un grito breve. «Cro...rrrok». Sea cual sea su personalidad, su singularidad dentro de la especie, el cuervo no es amado. Se ha pretendido que traía mala suerte, que estaba maldito, que en otro tiempo había tenido tratos con los demonios. Su plumaje negro es la marca de su desgracia. ¡Y es injusto! Porque el color de su plumaje se debe a una circunstancia fortuita y desgraciada. Pero escuchad lo que dice a este respecto un cuento del viejo Japón...

*

Hace muchísimo tiempo, cuando las aves hablaban, el cuervo iba vestido de gris. Elegante, preocupado por su

atavío, un día fue a ver al búho, que, como todo el mundo sabe, ejercía la profesión de tintorero:

—Querido búho, mi plumaje gris es apagado, desearía reemplazarlo por algo más alegre, más brillante.

—¡No tengo tiempo que perder! —masculló el búho— Dígame exactamente qué desea, tengo otros clientes que teñir antes de esta noche.

—Pues bien —dijo el cuervo, soñador—, me gustaría bastante el plumaje del pájaro carpintero: la espalda de un hermoso verde brillante con una ligera degradación en el vientre, con matices gris claro, verde almendra, la coronilla roja, por supuesto, los bigotes negros... Ah, lo olvidaba, una mancha roja justo en medio de los bigotes...

—Todo esto es muy complicado —masculló el búho— ¡u-ho... u-ho...!

Se puso a trabajar, mezcló en sus grandes calderos hirvientes los diversos tintes. Pero la tarea era difícil. Se hacía de noche.

—¡Le he pedido un tono más suave para el vientre, un verde pálido! —protestó el cuervo— Y la coronilla la quiero rojo púrpura, ¡usted me propone un rojo violeta! ¡No es esto!

El búho agitaba las plumas sin responder, mezclaba furiosamente los colores, transpiraba.

—¡Decididamente —constató el cuervo, decepcionado—, no lo consigue! Lo más sencillo es que probemos otra cosa: pensándolo bien, prefiero el plumaje del martín pescador: azul verde brillante, metálico para la espalda, un poco de marrón y de rojizo en el vientre, el cuello blanco, y todo será perfecto.

—¡Usted me líal! —exclamó el búho, irritado— ¡Ya no sé si quiere verde o azul, marrón, rojo o blanco, si quiere parecerse a un pájaro carpintero o a un martín pescador!

Y en un acceso de cólera, volcó sus calderos y tiñó al
cuervo... de negro.

*

*El cuervo, creía que no me gustaba.
¡Y sin embargo... esta mañana
en la nieve...!*

Matsuo Bashô (1644-1694)

LA «PERLA DE VIENTO»

Esta historia es ahora cosa del pasado. Hace muchísimos siglos, el rey de un minúsculo estado tenía un solo hijo. Ha-Xin era un príncipe hermoso y bien plantado, valiente, servicial y de carácter amable, pero tenía un grave defecto. Era lento, indolente, indeciso. Siempre era el último en las carreras, las justas, los torneos y las fiestas de la corte. Cuando el gran chambelán, el padre de la muchacha a la que amaba, organizaba todos los años el baile de la cosecha, dejaba que sus rivales se le adelantaran. Y la deliciosa Lin-Fang, de cabello negro de azabache, nuca de leche y ojos llenos de estrellas, danzaba toda la noche con otros.

*

Todo esto a la larga entristeció tanto a Ha-Xin que éste decidió ir a pedir ayuda al dios de la montaña. Partió a caballo y viajó largo tiempo. Pasó por mil peligros y atravesó noventa y ocho montañas. Finalmente llegó ante la montaña que hacía noventa y nueve. Sus laderas eran tan escarpadas que tuvo que bajar del caballo y trepar asiéndolo de la brida. Al llegar a la cumbre descubrió a una anciana que hilaba bajo un inmenso pino:

—¿Qué buscas, extranjero? —le preguntó la anciana.

—Vengo de muy lejos, honorable abuela —dijo con su cortesía habitual— para consultar al dios de la montaña y solicitar su ayuda.

—Ve hasta la cascada, grita tres veces el nombre de Yuta y el dios aparecerá.

Ha-Xin obedeció, se situó frente a la cascada y gritó tres veces:

—¡Yuta, Yuta, Yuta!

—¿Qué quieres de mí? —rugió una voz potente, y un anciano colosal se materializó delante de él; su cráneo tocaba las nubes y su barba blanca descendía hasta el fondo del valle. Ante esa visión, Ha-Xin tembló de espanto, pero habló con valor:

—Oh noble Yuta, me aflige un grave defecto: soy lento, indeciso e indolente. Y todos los años, en el baile de la cosecha, mis rivales se me adelantan. Mi amada, la incomparable Lin-Fang de cabello negro de azabache, de nuca de leche, de ojos llenos de estrellas... danza con otros.

—Príncipe Ha-Xin —dijo el dios de la montaña— veo que tu corazón es sincero, voy a concederte lo que pides, pero procura hacer buen uso de ello.

Diciendo estas palabras sacó de debajo de su vestido un grano muy pequeño, no más grande que un grano de arroz:

—Esto es la «perla de viento», bastará con que te la pongas en la boca y correrás tan rápido como el céfiro más veloz.

Y el dios de la montaña se disolvió por los aires como una humareda.

El príncipe Ha-Xin regresó al reino con el corazón lleno de esperanza. Guardaba en su bolsillo la «perla de vien-

to» en un saquito oculto en su pecho. Finalmente llegó el otoño, y con él el gran baile de la cosecha. El príncipe estaba preparado. En cuanto sonaron los primeros compases, se puso en la boca la «perla de viento» y se lanzó hacia el estrado en el que se encontraba la deliciosa Lin-Fang, al lado de su padre. Pero corrió tan rápido, tan rápido... que pasó de largo y no consiguió detenerse hasta llegar en medio de un campo, lejos de la fiesta. Entonces volvió sobre sus pasos, pero la deliciosa Lin-Fang ya estaba danzando con un rival. Se casó con él en la primavera siguiente. Ha-Xin cayó en la melancolía y sintió que ya no le quedaba ninguna razón para vivir. Un día, desesperado, fue a refugiarse junto a un monje zen que vivía en una cueva situada a varios li¹⁰ del palacio.

—Oh monje —le dijo—, no podía acercarme a mi amada porque era demasiado indolente, demasiado lento, y siempre llegaba el último. Realicé un viaje peligroso, subí a noventa y nueve montañas y me enfrenté al dios Yuta. Éste me ofreció la «perla de viento», que me hacía más rápido que el céfiro, y tampoco pude acercarme a Lin-Fang, mi amada, de cabello negro como el azabache, nuca como la leche y ojos llenos de estrellas...

Tras decir estas palabras, el príncipe heredero del trono se puso a llorar...

—Noble príncipe —dijo el ermitaño—, el Zen nos enseña que no hay que comer demasiado ni demasiado poco, ni beber demasiado ni demasiado poco, ni dormir demasiado ni demasiado poco. En cada segundo de nuestras vidas hay que dar la respuesta JUSTA, todo el resto es ilusión.

El príncipe Ha-Xin accedió al trono y reinó durante largo tiempo. Fue el rey más sabio que el reino conoció durante milenios. Y todavía se habla de él, en las viejas leyendas, en el corazón secreto de la China.

LA MUJER DE HIELO

Érase una vez... un joven que estaba solo. Vivía en una pobre cabaña, sin amigos ni parentela. Una mañana de invierno observaba los carámbanos que se formaban en el borde del tejado, gotas de cristal que resplandecían en el sol. Y exclamó:

—¡Me gustaría que el cielo me enviara una esposa que tuviera la blancura irisada y la maravillosa belleza del hielo!

Aquella noche, cuando se disponía a acostarse, llamaron a la puerta:

—¿Quién está ahí?

—Soy la joven que has reclamado esta mañana al cielo. Vengo a ofrecerme a ti como esposa.

El joven, intrigado, abrió inmediatamente. En el umbral había una muchacha muy bella. Sus manos eran opalinas y sus mejillas anacaradas brillaban bajo la luna.

—¡Entra! —dijo, seducido.

Cuando la muchacha se hubo instalado en la cocina, le preguntó:

—¿Estás completamente decidida a casarte conmigo? Soy pobre, alquilo mis servicios a quien quiera emplearme. Soy un mal partido, ¡y tú eres tan hermosa!

Ella respondió que sabía todo eso y que, si él quería aceptarla, se quedaría en su casa.

*

Se casaron y vivieron todo un año en perfecta armonía. Un día, uno de sus vecinos, que era un hombre servicial y cortés, les invitó a una fiesta de aniversario; les propuso que utilizaran con este motivo el baño caliente que acababa de hacer instalar en su casa y del que estaba muy orgulloso. La mujer se negó, pretextando que temía el agua caliente más que cualquier otra cosa. Pero el joven marido insistió:

—¡No podemos ofender a nuestro anfitrión, un vecino tan amable!

Ella cedió.

La noche del baño, el marido, al no verla regresar, se preocupó. Fue a buscarla. En su lugar sólo encontró dos cintas azules y un peine de concha que flotaban en el agua.

La mujer de hielo se había derretido.

Así lo cuentan

*

El budismo zen nos propone a menudo cuentos enigmáticos. Pero en «la mujer de hielo» la «moraleja» parece evidente. Un joven marido, por ignorancia o necedad, envía a su esposa a una muerte segura. Se podría resumir así: «Hay que reflexionar antes de actuar». Esta lectura no es inexacta. Distinta y más profunda es la visión zen.

LO QUE ES, es. El marido, al rechazar la realidad, al negar los hechos (su esposa es una mujer de hielo), se impide a sí mismo simbólicamente el acceso a la vía de la liberación, la del «noble sendero óctuple»: visión justa, pensa-

miento justo, palabra justa, acción justa, subsistencia justa, esfuerzo justo, atención justa y concentración justa.

Cada uno de nuestros instantes, si es justo, es una gota de eternidad.

UN MÉDICO, UN ZORRO Y UNA SERPIENTE

Hace muchísimos siglos, más allá incluso del recuerdo, vivía en el estado de Jambdivida un joven médico, dotado con todos los talentos, al que unas penas de amor obligaron al exilio. Vagó durante largo tiempo por los caminos de la India y al final llegó a una provincia desconocida, donde decidió instalarse. Este médico era un hombre bueno, practicaba los «cuatro inconmensurables»¹¹ y su compasión por todos los seres vivos respetaba la regla de las diez virtudes.

*

Una mañana de verano iba siguiendo un camino del campo cuando estalló una tormenta espantosa, seguida de un auténtico diluvio. Pronto los caminos, los campos y los bosques fueron invadidos por las aguas tumultuosas de un río salido de madre. El joven médico creyó que su última hora había llegado. En aquel momento una tabla, sin duda una puerta de templo arrancada de sus goznes, pasó junto a él; el joven se agarró a ella con energía, se subió encima y así se encontró provisionalmente a salvo. Mientras contemplaba el desastre, zarandeado sobre su trozo de puerta

en medio de las aguas fangosas, vio un zorro, de pelaje rojizo oscuro, con la mirada apagada y la cola empapada y caída, que se ahogaba a unos metros de él. Se asomó lo más lejos que pudo fuera de su balsa improvisada y tendió la mano al zorro. El intento era peligroso, y el médico estuvo a punto de perder el equilibrio. Pero consiguió llevar el zorro sobre la tabla, a su lado.

*

Un poco repuesto de sus emociones, el zorro se sacudió, se secó y comenzó a tomarle gusto a la vida de nuevo:

—Señor —dijo—, soy un zorro importante y poseo una famosa madriguera en el bosque, que distinguís debajo de nosotros. Cuando las aguas se hayan retirado, os invitaré a mi casa.

Y, satisfecho de su discurso, se tumbó cuan largo era, mientras su cola en forma de penacho batía el aire, y se las arregló para ocupar él solo dos tercios del lugar disponible. El médico no dijo nada. Observaba las aguas sucias y fangosas, que arrastraban desechos heteróclitos: trozos de madera, cadáveres de animales... el espectáculo era lamentable. Al joven se le encogía el corazón al verlo. De pronto distinguió una serpiente pitón que trataba desesperadamente de mantenerse a flote. Tendió espontáneamente la mano para socorrerla, pero el zorro, levantando su hocico puntiagudo, exclamó:

—Querido señor, ¿habéis perdido la razón? Dejad que ese horrible reptil se ahogue. No hay suficiente espacio en esta tabla para los tres.

El médico se obstinó y consiguió sacar del agua a la joven serpiente. Apenas salvada, ésta se deslizó voluptuosamente entre las rodillas de su protector, que puso una ma-

no amistosa sobre su piel cálida y abigarrada, suave como la seda. Y la serpiente pitón, con su ágil lengua girando fuera de su boca, tendió hacia el médico su cráneo triangular, pidiendo una caricia:

—¡Cuidado!—refunfuñó el zorro— ¡Si se retuerce de ese modo, este animal acabará por hacernos zozobrar!

—No os preocupéis, se dormirá plácidamente en mi regazo.

El zorro se encogió de hombros y volvió a tenderse al sol. Las horas pasaron lentamente. Hacia mediodía, las aguas empezaron a descender. Al anochecer ya se habían retirado por completo. El zorro, que había recuperado su humor cortés, dio largamente las gracias al médico. A la joven serpiente pitón, que había hecho una siesta muy agradable, le costó abandonar a su nuevo amigo. Pero finalmente el extraño grupo se separó y cada uno regresó a sus asuntos, a su vida.

*

Pasaron tres años en el reloj de arena del tiempo. El joven médico había tenido éxito más allá de sus esperanzas. La protección de un gran señor, al que había curado de una horrible hinchazón en la pierna, le valió una rica clientela. Seguía siendo bueno y compasivo, atento con la gente pobre, a la que atendía a menudo sin reclamar ningún pago. En una palabra, todo el mundo le respetaba y le amaba. Todo el mundo salvo uno de sus colegas... El doctor Morosuke había esperado durante largo tiempo obtener los favores del gran señor y había fracasado. La envidia le devoraba. Una mañana fue a ver al administrador de la ciudad:

—Excelencia —dijo—, tengo que llamaros la atención sobre uno de mis colegas, llegado a esta ciudad hace tres

años, el día de la terrible inundación. ¡Viajaba con un zorro y una serpiente pitón! Y, detalle todavía más inquietante, los tres iban subidos en la puerta de un templo. Después embaucó a uno de nuestros grandes señores, sin que se sepa cómo. Todo eso huele a brujería. Si a nuestro buen príncipe, al que veo algunas veces... —dijo con una sonrisa modesta—, le informaran de que aquí se protege a un brujo declarado...

El gobernador era un hombre prudente. Hizo detener al joven médico y arrojarlo a una mazmorra, donde fue olvidado. La noticia de esta detención no tuvo mucho eco, e incluso el gran señor, que en aquellos momentos se encontraba de maravilla, tenía otras cosas en qué pensar. Pero al cabo de unas semanas el relato de las desgracias del joven médico llegó al bosque. El zorro fue el primero en enterarse, y enseguida informó a la serpiente pitón. Esta última había crecido considerablemente; en aquella época medía tres metros y noventa y dos centímetros y pesaba cincuenta y tres kilos. Exclamó impetuosamente:

—¡Maese zorro, nosotros le salvaremos! ¡Aunque tenga que asfixiar entre mis anillos a la mitad de los habitantes de esta ciudad!

—Vamos a imaginar un ardid —dijo el zorro—. La señora Hermelina está a punto de dar a luz, y siempre hace falta un médico hábil —masculló. —En una palabra —prosiguió en voz alta—, si estáis disponible, vayamos ahora mismo a la ciudad.

La serpiente pitón desenrolló sus anillos a la velocidad del rayo y se puso en camino tan rápidamente que el zorro, sin aliento, le gritó:

—¡Poco a poco, querido amigo, no podremos hacer nada antes de la noche!

*

Ocultos en la espesura, el pitón y el zorro esperaron que la oscuridad inundara las calles y las casas. Se habían instalado cerca de la residencia del administrador. Cuando se hizo de noche, la serpiente pitón penetró en la casa, se deslizó hasta la habitación en la que dormía el gobernador, le mordió cruelmente en el pie izquierdo y huyó silenciosamente. Por la mañana el administrador tenía un pie que había triplicado su volumen y le hacía sufrir atrocemente. Llamó a los mejores médicos de la ciudad, que se mostraron impotentes para aliviar sus dolores.

—Excelencia —dijo el más anciano—, estamos ante un mal extraño. Deberíamos consultar a los astrólogos, quizá...

—Estamos desarmados ante esta enfermedad desconocida... —suspiró un segundo médico.

Se hizo el silencio entre los reunidos. Entonces una voz apagada, que venía de un médico medio oculto bajo una gran hopalanda, sugirió:

—He oído decir que el joven colega que llegó a nuestra ciudad el día de la inundación conoce el remedio para esa enfermedad, que es común en su país.

Fueron a buscar al médico en su prisión.

Advertido en secreto por sus amigos de la causa del mal, curó al administrador. Éste le restituyó su honor y le devolvió sus bienes. Buscaron al médico de la hopalanda para darle las gracias. Pero ya hacía mucho tiempo que el zorro y el pitón habían regresado al bosque.

*

En los monasterios zen, todas las noches, tras el Zazen, se salmodian, con el acompañamiento de un tambor de

madera, *mokugyo*, y un gong, *keisu*, los «cuatro incommensurables». El primero de ellos se enuncia así:

*Por numerosos que sean los seres vivos,
hago el voto de salvarlos a todos.*

Es el voto de la Compasión.



FRAGMENTOS DE ZEN

En el bosque de estos cuentos chinos, japoneses e indios, con esas historias de asnos, grullas cenicientas, zorros, monos, medusas, campesinos, dragones, reyes, dioses, monjes, hermosas muchachas desgraciadas, serpientes, alondras, topos, tortugas, cuervos o nobles samuráis, he aquí un claro de silencio. Un alto para recobrar aliento, hacer escala, respirar la felicidad, si la felicidad es de la infancia. ¿Os acordáis de aquellos momentos estirados, que se creían perdidos, que se creían de aburrimiento?

El eco apagado de nuestra infancia y el segundo tema que se entrelaza, la llamada del Absoluto, la llamada del Infinito. Porque más allá de toda forma, mejor que el poder y la riqueza, más asombroso que el cielo azul, las playas rubias de las islas afortunadas, más embriagador incluso que los amores humanos en su incandescencia, está el canto del silencio, el canto del vacío. «Ese vacío resplandeciente como el cielo de verano, que devora las cosas y junto al cual todo lo demás no es sino un desfile de sombras»¹², escribe Marguerite Yourcenar. El vacío, el silencio donde se despierta la melodía de Dios, ese Absoluto al que nada pasa y nada sobrepasa, al que nos llevan y nos devuelven LOS CUENTOS ZEN.



CHOEI-YUN, LA CORTESANA

Un moño alto, unas cocas en forma de ala de fénix que recogían su cabello de azabache, unas mejillas de porcelana, unos pies delicados. Choei-Yun tenía quince años, y el talle tan fino que al menor soplo uno temía que se fuera volando. En el Pabellón Azul era la más solicitada de las cortesanas. Una hora en su deliciosa compañía costaba tres monedas de oro. Su madre cuidaba de ello celosamente. Pero es cierto que cantaba como el ruseñor, sus dedos os rozaban como el rocío, y la mirada de sus ojos negros ya era una caricia. La gente acudía de lejos a la pequeña ciudad de Yu-Hang para admirarla. Servía el té, tocaba la cítara, e incluso jugaba al ajedrez con aquellos cuya bolsa era modesta. Sólo los ricos mercaderes y algún mandarín que estuviera de paso la seguían a sus habitaciones privadas.

Entre sus admiradores había un apuesto joven pobre, un artista, que la miraba de lejos con fervor. Un día consiguió reunir bastante dinero para poder ofrecer a Choei-Yun un modesto regalo. Se adelantó en medio de los pretendientes. Sus miradas se encontraron por un breve instante, y al momento una dulzura desconocida invadió sus corazones. Huo tenía un poema en la mano. Se lo dio a la muchacha. Ella lo tomó sin decir una palabra. Al día

siguiente él estaba allí, pero ya no tenía suficiente dinero para ofrecerle un regalo, y no pudo acercarse. La terrible madrastra vigilaba. Un cuadro que vendió permitió finalmente a Huo comprar un regalo honorable. Fue autorizado a tomar el té en compañía de su amada. Hablaron poco, y siguiendo el ritual, pues todos les observaban. Pero, al inclinarse con una sonrisa para darle a entender que la conversación había llegado a su fin, Choei-Yun deslizó un billete en la mano del joven. Con el corazón laténdole fuertemente, Huo lo leyó en cuanto no hubo nadie que le viera.

En el billete estaba escrito:

*Otoño de lluvia y de viento.
Melancolía.
De pronto aparece mi amigo
y mi corazón se cura.*

Y unas líneas más abajo descifró un segundo poema, que le conmovió hasta las lágrimas:

*Los barqueros llaman a los viajeros.
Algunos cruzan, yo no.
Algunos cruzan..., yo no.*

Todo estaba dicho. El amor, la esperanza, la promesa. Dos días más tarde, consiguió hacer llegar a Choei-Yun su respuesta:

*Invierno helado,
Caminos nevados.
Si sois mi tierna amiga,
cogidos de la mano haremos el camino.*

Cuando se presentó en el Pabellón Azul, Huo fue abordado por una sirvienta:

—Seguidme —le dijo.

Atravesaron la multitud. Choei-Yun le esperaba, instalada en su lugar habitual:

—Concedo una conversación privada a este joven —explicó— por un regalo secreto que me hizo.

Los hombres que la rodeaban se inclinaron. La muchacha rogó a Huo que se sentara a su lado:

—¿Queréis pasar la noche conmigo —le preguntó— para hablar y conocernos mejor?

—¡Ay! —respondió Huo— he agotado mis escasos recursos, no soy más que un pobre letrado. La intimidad de vuestro cuerpo es para mí un sueño maravilloso, e inaccesible.

Entonces se callaron, sentados tristemente uno al lado del otro. Pronto intervino la madrastra. Hizo una seña a Choei-Yun; un rico mercader la reclamaba. Los dos jóvenes se separaron. Huo, abrumado, decidió no volver nunca más al Pabellón Azul. Dirigió a su amada este último poema:

*Mientras comamos el arroz
de este mundo,
estaremos separados.
En nuestra tumba, finalmente,
dormiremos juntos¹³.*

Una semana más tarde Huo abandonaba la ciudad. Y los meses pasaron en el reloj de arena del tiempo.

Un atardecer de invierno, la nieve caída en abundancia lo había revestido todo de silencio. En el Pabellón Azul había pocos clientes. Se presentó un extraño visitante que llevaba vestidos desconocidos en la región. En la mano derecha llevaba un anillo adornado con una serpiente dragón de ojos amarillos. El hombre era rico y obtuvo sin dificultad una entrevista con la perla de las cortesanas: Choei-Yun. Ésta empezó a tocar para él con la cítara una melodía melancólica, acompañándola con su voz melodiosa.

El visitante la miraba con bondad. De pronto levantó un dedo y lo puso sobre la frente de la joven al tiempo que decía dos veces estas palabras:

Lástima, lástima.

Y se marchó, tan misteriosamente como había llegado. Por la noche, al acostarse, Choei-Yun vio en su espejo una mancha negra, que había aparecido en el lugar de la frente en que el extranjero la había tocado. Se lavó con energía, pero la mancha no se borró. Durante los días siguientes se extendió, al contrario, por toda la cara. Unas semanas más tarde, Choei-Yun, con la cara negra y agrietada como la de un demonio, había perdido su belleza. En lo sucesivo los clientes se negaron a pagar para verla u oírla cantar. Se convirtió en un objeto de horror. La madrastra la sumergió por completo en una tina, la insultó, la pegó. Todo fue inútil. Entonces condenaron a la desgraciada a realizar las tareas más bajas: pinche de cocina, fregona y víctima de las más humildes sirvientas, tenía que dormir aparte sobre un montón de basura.

*

Una mañana, Huo se enteró por boca de un viajero de la historia extraordinaria de una cortesana de la pequeña

ciudad de Yu-Hang. Preguntó por su nombre. Cuando conoció el desamparo en que había caído su tierna amiga, vendió todos sus bienes, e incluso un campo que había recibido en herencia. Se presentó en el Pabellón Azul y propuso a la madrastra el rescate de su hija. La madrastra accedió a ello, contenta de desembarazarse de un monstruo. Se fueron en silencio. Choei-Yun había ocultado su rostro bajo su manto.

Vivían felices. Pero Choei-Yun no se consolaba del hecho de tener que ofrecer a su amado el espectáculo de su rostro de demonio:

—¡Oh, esposo mío, mi señor, mi cielo! —decía— ¡Cómo me gustaría presentarte un rostro más decoroso!

Huo la tranquilizaba, pero a veces sufría por tener que ocultar a su esposa, y todo el mundo murmuraba que semejante fealdad era el castigo de los dioses por alguna fechoría horrible. Todos los meses iba a la gran ciudad para vender los cuadros que pintaba. Un día encontró a un hombre extraño, que llevaba en el índice de la mano derecha un anillo en el que estaba grabada una serpiente dragón de ojos amarillos.

—¿Por qué pintáis mujeres sin rostro? —preguntó bondadosamente el extranjero.

Huo, que se sentía el corazón un poco oprimido, contó su historia.

—Soy médico —dijo el hombre— ¿me permitiríais probar con vuestra esposa una receta de la que poseo el secreto?

Huo aceptó, con la condición de que Choei no descubriera su negra cara. El hombre fue a su casa. Se hizo traer un barreño lleno de agua, en la que trazó con su índice unos signos misteriosos.

—Que vuestra esposa se lave con esta agua —dijo—, y recuperará su rostro de antes.

Choei-Yun así lo hizo. Volvió a ser tan bella que la luz del sol palidecía ante el nácar de sus mejillas. Marido y mujer dieron efusivamente las gracias a su benefactor. Éste había desaparecido, y supieron que era un inmortal¹⁴.

*

Sea cual sea el velo de las apariencias, el Zen va directamente al corazón de lo esencial.

*Esta misma tierra es el país del loto de la pureza
y este mismo cuerpo, bello o desfavorecido, es el cuerpo
de Buddha.*

Sentencia zen

ALMOHADA DEL ESTE, ALMOHADA DEL OESTE

Esta historia es ahora cosa del pasado. En la provincia de Chen-Si, cerca de la ciudad de Choan, había en aquel tiempo un hombre que alimentaba en su corazón un odio implacable contra el señor, Yang-Yu -Wei. Los motivos de este odio eran oscuros y lejanos, pero Yang tenía que morir. Éste acababa de casarse con una mujer graciosa y bella y de corazón recto.

Una mañana, el hombre se introdujo en la casa de Yang-Yu-Wei, que estaba ausente. Entonces agarró al padre de la esposa, lo ató, le puso un cuchillo en el cuello y dijo:

—¡Primera esposa, indícame dónde está tu marido o, si no, corto el cuello al anciano ahora mismo!

—Te lo diré —dijo la noble esposa, que había conservado la sangre fría—. Suelta a mi padre, vuelve esta noche y entra en la cámara nupcial. Yo duermo sobre la almohada del oeste, mi esposo sobre la del este. Podrás matarlo fácilmente.

El enemigo soltó al anciano y se fue.

*

Durante el día Pao-Tai se dedicó a sus ocupaciones habituales. Parecía quizá un poco más grave y pensativa, pero estaba tranquila y serena como de costumbre. Se encontró con la joven Chu, una concubina muy amiga suya. Las dos se cogieron de las mangas y estuvieron hablando mucho tiempo en susurros. Cuando el esposo regresó, Pao-Tai no le informó de la visita de su enemigo. Yang volvía de un viaje, había tenido un día agotador, se acostó bastante pronto y apoyó la cabeza en la almohada del este. Tras el primer cuarto de la noche, Pao-Tai se levantó:

—¿Qué haces? —preguntó Yang.

—Tengo que salir un momento —respondió modestamente Pao-Tai.

Cuando volvió dijo:

—Querido señor, estoy un poco indispuesta, ¿os importaría cambiar de lugar conmigo? Dormiré en la almohada del este, así no os molestaré si tengo que levantarme de nuevo.

Yang, que dormía, aceptó con un gruñido.

*

Un poco antes del alba la oscuridad era todavía muy profunda. El enemigo penetró en la casa. Tenía en la mano su gran sable de guerra. Se fue directamente a la habitación de los esposos y con un solo destello de su hoja cortó la cabeza apoyada en la almohada del este. En aquel momento se inclinó para contemplar de cerca a Yang muerto. Pero vio el rostro pálido de Pao-Tai, con su larga cabellera deshecha. Comprendió que la mujer había intercambiado su lugar con su marido, y su alma conoció el remordimiento y la piedad.

Entonces el odio, que le quemaba el corazón desde ha-

cía tantos años, le abandonó. Hizo juramento de poner fin a la larga venganza que desgarraba a las dos familias. Y Yang fue para él como alguien de la misma carne y los mismos huesos. Así, hubo una esposa que, sin vacilación ni fanfarronadas ni palabras inútiles, ofreció su vida por su marido, y en el mismo impulso subrogó el amor al odio, y la paz al combate. Pero esta clase de mujer es muy rara. Por eso es conocida y honrada en toda la China, y quizá más allá...

Así lo cuentan de entre las cosas del pasado.

*

Andar es zen.

Sentarse es zen.

*Tanto si hablo como si me callo,
en paz o bajo la amenaza del sable,
en el eterno Atma
todo es inmutable.*

Shodoka

El Canto del inmediato Satori

LA CAMPANILLA DE PLATA

En aquel tiempo vivía en el campo, en los alrededores de Edo (hoy Toquio), un viejo monje de una gran sabiduría. Era conocido hasta en las más lejanas provincias del imperio del Sol Naciente por su gran piedad y su constante buen humor. Toshibu sonreía a todos y a todo. Aceptaba las vicisitudes de la existencia con una perfecta ecuanimidad. Un día uno de sus discípulos más asiduos se atrevió a preguntarle:

—Maestro, ¿qué es lo que hace que tengáis el corazón tan alegre, que nada parece afectaros, ni el frío, ni la sed, ni el hambre, y ni siquiera la maldad de los hombres?

—Voy a confiarte mi secreto —dijo Toshibu—. Cada vez que suena la campanilla de plata que ves suspendida en mi puerta, tengo que contenerme para no ponerme a bailar, de tan vivo como es mi placer y grande mi alegría...

Ahora bien, este discípulo, a pesar de sus demostraciones de piedad, tenía mal corazón. Era envidioso y estaba celoso de la felicidad de los demás. Decidió robar la campanilla de plata para conocer a su vez la alegría perpetua. Una noche se apoderó de la campana del maestro Toshibu, la escondió bajo su manto y corrió hasta su casa. Al día siguiente la suspendió en la puerta de entrada y se dispuso a gozar de una felicidad inefable. Esperó. En vano.

La campanilla tintineaba diez veces al día bajo el efecto del viento o cuando un visitante penetraba en la casa. NADA. No ocurría nada, y el discípulo no sentía ninguna alegría. Ese tintineo del que estaba pendiente incesantemente acabó incluso por crisparle. Creía oírlo de noche. Le hizo perder el gusto por la comida y la bebida, se volvía irritable. Hasta el punto de que decidió arrojarle a los pies de su maestro, implorar su perdón y devolverle la campanilla de plata.

Una mañana llevó la campanilla a Toshihu y se deshizo en lágrimas de arrepentimiento. El maestro volvió a colocar tranquilamente la campanilla encima de la puerta de entrada y le concedió el perdón. Cuando el discípulo estuvo seguro de haber obtenido de nuevo el favor de su maestro, le preguntó:

—Maestro, quisiera comprender por qué esta campanilla, que os procura tal felicidad que tenéis que contener las ganas de bailar y que nada altera vuestra alegría, fue para mí una fuente de pesares.

—El ciprés en el patio —dijo Toshihu.

Aludía así a la célebre anécdota que conocen todos los discípulos del Zen:

—¿Qué es el Zen? —pregunta el discípulo.

—El ciprés en el patio —responde el maestro.

El Zen, en efecto, es el «ciprés en el patio», y también el «bastón» del mendigo, es la «escudilla» y el «bol de arroz», o la campanilla de plata. El Zen es todo esto, y no es esto. Está aquí y allá, y no está aquí ni allá. El Zen es una evidencia completamente simple, inmediata, y es un misterio impenetrable.

*

*La campana del templo se ha callado.
Al anochecer, el perfume de las flores
prolonga su tañido.*

Matsuo Bashô (1644-1694)¹⁵

*

*Los maestros zen, a lo largo de los siglos,
no han enseñado quizá más que una cosa:
¡NO OLVIDÉIS SER FELICES!*

LA ALONDRA Y EL SOL

Un grito líquido y claro: «Trrui-i-i, tri-i...», es la alondra, flecha lanzada al sol, ebria de luz, con las alas afiladas, el dorso con rayas negras, el vientre rojizo y suave, y blanco, la alondra de los campos.

«Extrema brasa del cielo, y primer ardor del día», escribe René Char.

«Trru-i-i-i, tri-ri...», este grito agudo, repetido, obstinado, surgido con la aurora, fascina. Hace mucho tiempo, explica una leyenda japonesa, la alondra cometió la imprudencia de prestar dinero al sol, y éste se niega a devolvérselo. Desde entonces, todos los días al alba, la alondra canta:

—¡Sol, devuélveme mi peculio, mi viático, mi dinero!

Y a veces se indigna:

—¡Trrr-ui-iiii, Trri, rri! ¿Es que no vas a devolvérmelo, ladrón, avaro, agarrado, tacaño?

Y a veces se queja:

—¡Trrui-ui... Pi-i-i-e-e, pi-i-eee, Sol, devuélveme mi cañamón, mi trigo de luna, mi bello dinero!

*

¡Esa terquedad! Una de mis tías, después de la guerra de 1939-1945, se negó a creer en la muerte de su hijo, des-

aparecido en un campo de concentración. ¡Durante treinta y cinco años fue todos los días a la estación del Este para observar los trenes procedentes de Alemania y reclamar su hijo Pierre al jefe de estación, a la tierra entera, al cielo, a Dios! ¡Y esas madres argentinas, las «locas de la plaza de Mayo», que todos los jueves, desde hace veinticinco años, dan vueltas incansablemente en la plaza de Buenos Aires, en el sentido inverso a las agujas del reloj, con sus pancartas irrisorias, reclamando sus hijos al gobierno, a la justicia, al sol, a Dios!

«Irrrui-ii-ii... Tri-ri...» Con su copete suavemente redondeado, sus alas pardas con ribete blanco, su pico lanzado hacia delante, la alondra canta. Canta a la invencible, infatigable esperanza: la pequeña alondra de los campos.

*

—¿Qué hay que hacer para alcanzar el Despertar?
—pregunta el discípulo.

—Tres cosas —responde el maestro—. Practicar, practicar y practicar.

EL PRÍNCIPE THOU-TI Y LOS DRAGONES

Los dragones ocupan un lugar insigne en el ritual, las festividades y el imaginario chino. Animales fabulosos, provistos de alas, armados con garras, dotados de una cola de serpiente, de fauces que escupen fuego, un cuerpo multiforme, lagartos, reptiles, varanos, dragones rampantes o voladores. Está el rey dragón del Este, que preside la salida del sol, el del Oeste, que preside la puesta, los dragones de los ríos, los dragones de los océanos, los de las montañas y los de las llanuras, y también los dragones de faroles y de papel, que son la atracción del día de año nuevo y de numerosas festividades...

Está el pequeño dragón amarillo, y el gran dragón negro, el amable, el malicioso, el generoso, el malo... todo un universo de dragones.

*

El príncipe Thou-Ti manifestó desde su más tierna infancia una pasión desmesurada por los dragones. Sólo le gustaban los juguetes y las imágenes que los representaban. Sus padres, indulgentes, tapizaron su habitación con todos los dragones imaginables: amarillos, rojos, blancos... No se

cansaba nunca de ellos, y su confidente preferido era un dragón de tela de fauces falsamente amenazadoras, que no se separaba nunca de sus brazos, ni de su corazón. Cuando llegó a adulto y, a la muerte de sus padres, fue dueño de sus bienes, dedicó toda su fortuna a rodearse de dragones. Hizo acudir a su residencia a los pintores más reputados y les ordenó que decorasen, de acuerdo con sus deseos, los suelos, los tabiques, las paredes y los techos:

—Dondequiera que ponga los ojos —les dijo— no quiero ver otra cosa que dragones.

Así se hizo. Pero Thou-Ti todavía no estaba satisfecho. Hizo llamar a los escultores que habían esculpido los dos dragones de oro que adornan el palacio del emperador:

—Quiero una réplica de esos dos dragones —les dijo—. Después esculpiréis en forma de dragones todas las columnas y todos los pilares de mi casa. Poco importa el tiempo o el dinero, pero que vuestra obra sea de una verdad patente.

Los artistas, sus obreros y sus ayudantes, se pusieron todos a trabajar. Jamás vio nadie semejante proliferación de dragones en una casa. Los había en los rincones, en los salientes más pequeños, y eran tan exactos que parecían estar a punto de hablar. Pero el príncipe Thou-Ti todavía no estaba satisfecho. Hizo acudir al mejor tejedor del reino. Le encargó siete tapices de seda y nueve tapices de lana que representaran dragones de todos los colores: amarillos, rojos, negros, blancos, e incluso azules, que eran tan raros... Se ejecutó el trabajo. Thou-Ti debería haber estado satisfecho. Pero todavía se lamentaba en secreto:

—¡Ah...! —suspирaba— ¡Daría cualquier cosa por contemplar el rostro de un verdadero dragón!

*

Y resultó que el Gran Dragón, que habita en los sombríos bosques del norte de la China, estaba viajando por aquella provincia. Oyó la queja de Thou-Ti.

—He aquí un príncipe —pensó— que ama verdaderamente a los dragones, se ha rodeado de todas las efigies concebibles y rinde a nuestra especie un verdadero culto. Quiero recompensarle permitiéndole entrever mi noble rostro.

Se acercó a la residencia de Thou-Ti y pasó la cabeza por una ventana del salón. El enamorado de los dragones, muellemente tendido sobre cojines poblados de gentiles dragones amarillos, rojos y blancos, soñaba. Estaba admirando el bello dragón azul que adornaba el techo cuando su mirada cayó por azar sobre una visión de pesadilla. Una cara innoble se mostraba en la ventana, con dos colmillos en una boca desdentada, que se retorció en una mueca horrible. Y, el colmo del horror, el monstruo le sonreía...

El príncipe Thou-Ti, al ver un dragón de verdad, huyó aterrizado.

LA MUCHACHA TOPO

Somos injustos con los topos. Es cierto que ven poco, pero su visión está muy bien adaptada a su medio subterráneo. Su pelo gris, lustroso, distinguido, es un modelo de elegancia. ¿Y qué decir de sus patitas en forma de palas, que unen lo útil a lo agradable? En suma, en esta historia se hablará de una señorita topo: maravilla, delicia y milagro de la gente topina. Sus padres, justamente orgullosos de su progenitura, de situación acomodada —poseían en nuda propiedad varios dédalos de corredores muy bien situados—, soñaban con casar a su única hija con algún personaje de categoría.

*

¿A quién elegir? Por consejo de un anciano señor topo, que había viajado mucho en su juventud, pensaron primero en el sol. Éste, aunque poco conocido entre los topos, era apreciado por algunos primos de la superficie, que hablaban muy bien de él. Pero no podían comprometerse a la ligera, el futuro de su amada hija estaba en juego. Por eso los padres se dirigieron a un investigador competente a fin de obtener una información más amplia sobre el personaje. Tras varias semanas de investigaciones, el detective presentó su informe:

—Es sin duda alguien muy brillante.

—¡Ah! —dijeron los padres, impresionados.

—Pero hay un detalle que me preocupa —añadió el detective—. Una nube basta para apagarlo, para ocultarlo, e incluso para hacerlo desaparecer.

—Si las nubes son más poderosas que el sol —exclamaron los padres—, queremos por yerno a una nube. Vaya y descubra una nube de alta categoría para nuestra querida hija.

El investigador partió e inspeccionó todas las nubes. Buscó largo tiempo, examinó de cerca cirros, cúmulos, estratos y nimbos, y finalmente se fijó en un joven apuesto y bien formado, completamente vestido de blanco con una franja gris, muy elegante. Cuando se disponía a comunicarle la halagüeña proposición de los padres de la muchacha sobrevino una ráfaga de viento que partió en dos al elegante, lo dispersó, lo desmenuzó y lo redujo a nada. El investigador regresó, desanimado, a la topera.

—Bien —admitieron los padres—, nos hemos dejado engañar por las apariencias, el viento es, pues, el yerno que necesitamos.

El viento, pero ¿qué viento? ¿El mistral, el siroco, el austro? ¿El harmattan, el chinook, el céfiro, el chergui de las altiplanicies de Argelia, el bora que sopla en las islas afortunadas, el viento del oeste, que trae la lluvia, el sudeste, el foehn, la tramontana o el aquilón? Al detective ya le venía vértigo cuando observó a un viento del este, joven y afilado, que se encarnizaba con hermoso vigor contra un muro de tierra. Se acercó, interesado. El viento soplaba hasta quedarse sin aliento, soplaba y soplaba...

—¡Puedes deslomarte si quieres! —decía el muro, bur-lón— ¡No me moverás, soy más fuerte que tú!

—¡Increíble! —pensó el investigador—, este muro de tierra resiste, y el viento se agota en vano contra él. Tendré que revisar mi juicio, no es el viento el más poderoso. Es inútil que haga el viaje hasta la topera, sé muy bien lo que me dirán los padres: inicie negociaciones con ese muro inquebrantable que se burla del sol, de las nubes y del viento.

Empezaron las conversaciones. Iban por buen camino cuando el detective se dio cuenta de que su interlocutor se desmoronaba ante sus ojos. Se derrumbaba en lienzos enteros, se disgregaba, se agrietaba y finalmente se venía abajo, minado desde el interior por una monstruosa megápolis topina.

¿Qué creéis que sucedió?

Fue con un joven topo con quien la muchacha topo se casó.

*

—¿Para qué sirve recorrer el mundo? —dice el maestro zen— Lo que perseguís con tanto ardor y celo ya está aquí. Es *en vosotros* donde se encuentra la naturaleza de Bud-dha.

LA PEQUEÑA LLANA ENCANTADA

El cuento zen, aparte de lo que dice, despierta en nosotros sutiles resonancias, abre el camino del eterno Atma.

*

Huo-Huan era huérfano de padre. A los trece años era considerado un niño prodigio. Su madre lo adoraba. Todos le auguraban un brillante futuro. Sería, tal como lo exigía la tradición familiar, un gran mandarín, un letrado respetado. El gobernador ya le reservaba un lugar de honor a su lado. Una mañana, mientras iba a clase como de costumbre, se cruzó en la calle con una muchacha de una gran belleza, llamada Ts'ing-Ngo. Se enamoró de ella de modo fulminante, y su vida dio un vuelco. Igual que un barco sorprendido por la tempestad, que cambia bruscamente de rumbo y va a encallar en una orilla desconocida.

*

Como Huo-Huan se lo pidió con insistencia, su madre inició las gestiones de costumbre ante los padres de la muchacha. Ts'ing-Ngo pertenecía a una familia honorable. Su

padre, antiguo intendente del templo, se había retirado a la montaña. Había dejado órdenes. Su hija debía llevar una vida consagrada, no le estaba permitido casarse. Huo, cuando lo supo, cayó en la desesperación. Su pena era tan violenta, tan terrible, que su madre temía por su vida. Una mañana al salir de su casa, perdido en sus pensamientos, tropezó con un transeúnte, un religioso taoísta. Huo se excusó, y el santo varón le respondió con una sonrisa. Llevaba en la mano una pequeña llana, que agitaba ante sí. Huo, maquinalmente, le preguntó:

—¿Por qué lleváis en la mano esta pequeña llana?

—Es un objeto mágico —dijo el religioso— que me permite atravesar los muros y recoger hierbas medicinales.

—¿Esta pequeña llana atraviesa los muros?

—Sí —afirmó el religioso, y acto seguido se lo demostró atacando un edificio próximo.

La pequeña llana penetraba en la mampostería como en una masa de mantequilla. El taoísta lo probó en diversos lugares con la misma facilidad. Huo, distraído por un momento de su tristeza, lo miraba con estupor.

—Si esta pequeña llana os gusta, os la doy —dijo entonces el religioso. Huo quiso pagar por ella un precio adecuado, pero el santo varón se negó y, con una última sonrisa, se marchó.

*

Durante los días siguientes Huo probó la pequeña llana encantada con todo lo que se presentaba. Atravesó tabiques, horadó muros y lleno de fiebre agujereó incluso las piedras del camino. Una noche se encontró ante la casa de su amada. ¿Por qué estaba allí? No tenía ninguna intención precisa, pero una fuerza irresistible le arrastraba. Perforó el

muro exterior, horadó paredes y tabiques y atravesó así toda la casa hasta la habitación, donde vio de pronto a Ts'ing, que se disponía a acostarse. La muchacha se acostó. Huo, con el corazón latiéndole fuertemente, intimidado, esperó. Finalmente, cuando Ts'ing se hubo dormido, se deslizó a su lado, se envolvió en una manta bordada y se durmió a su vez en el recinto de su aliento perfumado.

Por la mañana una sirvienta que iba a despertar a su señora encontró a los dos niños castamente dormidos uno al lado del otro. Horrorizada, lanzó un grito, y pronto las criadas y los criados armados con bastones formaron un círculo alrededor del intruso. Le reconocieron. Era Huo, el estudiante, el letrado. Accedieron a perdonarle, con la condición de que aquello no se repitiera nunca y de que no volviera a ver a la muchacha. Pero Ts'ing, durante ese tiempo, permaneció pensativa, el muchacho le había tocado el corazón. Por eso, a pesar de la oposición del padre, el santo varón retirado a la montaña, de la incomprensión de la madre y de la vergüenza de la madre de Huo, que deploraba la mala conducta de su hijo, se celebró el matrimonio poco después, gracias a la benévola intervención del gobernador de la ciudad.

*

No se sabe si los jóvenes esposos fueron felices en este mundo, pues poco después de la boda Ts'ing murió. Huo desapareció unos meses más tarde. Se murmura que se llevó la pequeña llana encantada y liberó de la piedra de la tumba a su amada. Ahora están reunidos para siempre en la eternidad en el palacio del fondo del mar... de los inmortales.

EL PEQUEÑO MONO

Érase una vez... un pequeño mono que, con su larga cola, su aire travieso y su mechón de pelos en la punta de cada oreja, se parecía un poco a un tití. ¿Por qué circunstancias fue a parar al dojo de Yagyu Tajima, el gran maestro del arte del sable? Nadie lo supo nunca. Pero estaba presente en todos los ejercicios, se mezclaba con los discípulos y se esforzaba en imitarlos.

Una mañana un ronin se presentó ante la puerta del dojo del maestro Tagyu Tajima y solicitó el honor de recibir la enseñanza del sable. Con el fin de mostrar su valor, se ofreció a luchar con el adversario que quisieran oponerle. El maestro sonrió y dijo:

—Te acepto como discípulo si puedes vencer a mi mono.

El ronin, sorprendido pero seguro de sí, estuvo de acuerdo. Dieron a cada uno el sable de madera que se usa para los ejercicios y el maestro dio la señal del combate. El pequeño mono ejecutó algunos molinetes a una velocidad loca, efectuó un salto peligroso y se puso en equilibrio sobre la espalda de su adversario, y, antes de que éste se recobrara, le hizo saltar el sable de las manos. El ronin, molesto y confuso, se retiró.

*

Se puso a estudiar con ardor el arte del sable, «Ken-Jutsu». Solo en su pequeño retiro, se dedicó a ello de día y de noche. También practicaba el Zazen, la meditación en posición sentada. A medida que pasaron los meses fue progresando en la Vía. Poco a poco se liberó de sus ilusiones, de sus dudas y de sus cobardías. Se liberó de su orgullo, del deseo y del miedo, su ego se anuló y, yendo más allá de lo mental, accedió al estado de apacible armonía con el universo. Pasaron varios años. Una mañana, el antiguo ronin se consideró preparado. Se presentó de nuevo a la puerta del dojo del maestro Tagyu Tajima:

—He venido a luchar contra el mono —dijo modestamente.

Fueron a buscar al tití. Le pusieron en las manos un sable de madera. El vivo y malicioso animal se adelantó. Pero cuando vio al antiguo ronin convertido en ermitaño, se puso a lanzar gritos penetrantes, dejó caer el arma y huyó corriendo.

—Entra —dijo el maestro—, sé bienvenido entre mis discípulos.

*

«Cuando el discípulo está a punto, el maestro viene», afirma la sentencia zen. Cuando el discípulo está a punto, hasta el mono lo sabe...



FRAGMENTOS DE ZEN

*¡Qué cerca está la verdad,
y sin embargo se busca lejos!
Como el que está en el agua grita: ¡Tengo sed!
Como el hijo del rico que vaga en la indigencia.*

Hakuin Ekaku Zenji (1685-1768)

*¡Qué tarde empecé a amaros, oh belleza tan
antigua y tan nueva! ¡Qué tarde empecé a
amaros! Estabáis dentro de mí, pero ¡ay! yo
mismo estaba fuera de mí, y era en ese fuera
donde os buscaba.*

San Agustín

*«Se vive en el olvido, se vive en el sueño»,
decían los antiguos. El Zen trae la luz a nuestra
existencia. Nos ayuda a ver a nuestro ser
verdadero, y al Infinito en nosotros...*

Sentencia zen¹⁶



EL REY DE LOS DRAGONES SE CASA

Se puede amar en cualquier edad; e incluso en la hora melancólica en que el fuego se extingue en los ojos, la garra se embota, las alas están desplumadas y la cola de serpiente se ha vuelto blanca con los años. Así, el rey de los dragones se enamoró, a una edad avanzada y casi senescente, de una joven dragona de dieciséis años.

*

Se casaron. La señora tenía en los ojos una llama nueva, garras de leona bien aceradas y en todo su cuerpo ocelado como un rocío de primavera. Una vez terminadas las celebraciones de la boda, todo el mundo regresó a su casa, incluso los peces, los súbditos más fieles del rey de los dragones. La joven recién casada se aburrió. Hasta el punto de que se puso enferma. Su anciano esposo, loco de inquietud, hizo llamar a su cabecera a los médicos más famosos. Su diagnóstico fue pesimista. La enfermedad iba a seguir su curso inexorable y la reina se moriría, a menos que se accediera a satisfacer un deseo secreto que la consumía.

El rey de los dragones suplicó a su esposa:

—Muy amada esposa, perla de mis ojos, canto de mi

corazón, dime lo que deseas y, sea lo que sea, te juro solemnemente que te lo concederé.

Tras mucho llorar y muchas negativas, la joven reina reveló su secreto:

—Deseo... —dijo entre dos sollozos— el hígado de un mono vivo. Siento que después de consumirlo recobraré la salud.

—¡El hígado de un mono vivo! —exclamó su esposo—. Mi dulce amiga, ¡no puede ser! No tengo ninguna autoridad sobre el pueblo del bosque, y una guerra en este momento...

—¡Ah, señor —se lamentó la joven recién casada—, no me amáis! ¡Os negáis a concederme el primer favor que os pido!...

Y la desdichada reina se desmayó, vencida por la aflicción. Era tan conmovedora, con su joven cuerpo escamoso tendido sobre la arena de la orilla, que el viejo rey cedió y decidió satisfacerla. A toda costa.

Una guerra estaba excluida. Optó por la diplomacia. Hizo llamar a la medusa, noble dama de su corte: leal, adicta y sin demasiada malicia. En aquellos tiempos las medusas eran peces corrientes, con ojos, aletas, cola e incluso unas cortas patas que les permitían desplazarse en tierra firme.

—Os envió en calidad de embajadora extraordinaria ante el pueblo del bosque —declaró el rey de los dragones.

La medusa se inclinó, con la mirada llena de orgullo:

—Estoy a vuestras órdenes, señor.

—Debéis persuadir a un mono a que venga a nuestro país. No importan los medios. Habladle de frutos deliciosos: bananas, cocos... Decidle que será tratado como un príncipe, que en nuestras regiones gozamos de un verano

perpetuo..., en fin, lo que se os ocurra. Cuando esté en nuestro poder, le quitaremos el hígado con el fin de salvar a la reina.

—Soy vuestra servidora —dijo la medusa, que salió andando hacia atrás y encadenando las tres reverencias que, como todo el mundo sabe, son costumbre en la corte del rey de los dragones.

*

Al cabo de tres días de viaje, la medusa llegó al país de los monos. Interpeló al primero que vio balanceándose en las ramas de un cocotero:

—Honorable simio —dijo—. Vengo del país del rey de los dragones, que reina sobre el mar y sus orillas. Mi señor os invita a su corte. Seréis recibido como un príncipe y se os ofrecerán frutos deliciosos: cocos, arecas y también nuez moscada, frutos de palmera, nueces frescas y nueces secadas en nuestras bodegas. En nuestro reino siempre hace buen tiempo, la gente es de trato amable y además no encontraréis allí ni rastro de la abominable raza de los hombres.

Y se calló, sin aliento.

Al mono le hacía gracia, contemplaba a la medusa desde lo alto de su rama. A decir verdad, dudaba... esta señorita pez tenía aspecto honrado y bastante ingenuo, ¿por qué no intentar la aventura?

Saltó al suelo:

—Vamos —dijo—. Tengo curiosidad por visitar vuestro país y saludar a vuestro señor, el rey de los dragones.

—Tendréis que subiros a mi espalda, tomaremos el camino del mar, que es más corto —explicó la medusa amablemente.

*

Unas horas después de la partida el mono ya lamentaba haber tomado aquella decisión apresurada. El mar les rodeaba hasta el infinito... La medusa nadaba en silencio. Una vaga angustia le oprimió. Intentó entablar un diálogo:

—Decidme, querida amiga —dijo con una ligera risa—, ¿por qué me habéis escogido a mí?

—Nuestra reina está enferma —dijo la medusa con simplicidad—, y para recuperar la salud necesita un hígado de mono vivo, de cualquiera.

—Ya veo... —dijo el mono.

Un miedo abominable le retorció el estómago. A su alrededor el mar, nada de tierra en el horizonte... Tenía que utilizar una estratagema para salvar la vida:

—Ya veo —repitió, y añadió: —Es para mí un honor contribuir modestamente a la curación de vuestra reina.

La medusa, que carecía de malicia, aprobó estas palabras:

—El rey estará contento de nosotros —pensó.

*

Pasó una hora en silencio. La medusa nadaba, el mono meditaba. De pronto exclamó:

—¡Pero..., ahora que lo pienso! Esta mañana, justo antes de vuestra llegada, he colgado mi hígado de una rama de castaño. Tenía intención de jugar con los cocos; y como el hígado es una cosa preciosa lo puse a cubierto. ¡Qué contratiempo! ¡Estoy absolutamente desolado!

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la medusa—. Mi

señor no me perdonará que me presente en la corte con un mono privado de su hígado.

—Sería más razonable volver atrás —aconsejó el mono. La medusa estuvo de acuerdo. Rehicieron el camino en sentido inverso. Apenas llegaron, el antropoide saltó a la rama más alta de un castaño:

—No veo mi hígado —gritó—, algún bromista me lo habrá robado; querida amiga, regresad junto a vuestro señor. Cuando volváis, sin duda ya lo habré recuperado.

Y desapareció en el bosque, haciendo con la mano un saludo desenvuelto y vivaracho.

*

Cuando la pobre medusa se presentó ante el rey de los dragones, éste montó en una cólera espantosa:

—¡Sois una estúpida! —aulló, y llamó a sus hombres para que la golpearan hasta dejarla hecha picadillo. Los sirvientes obedecieron tan bien que hoy la medusa ya no tiene en todo el cuerpo más que un solo hueso entero. Es esa cosa gelatinosa, provista de filamentos urticantes que infligen desagradables quemaduras. Expresa de este modo su aversión por la raza de los monos.

Se dice incluso que guarda rencor a toda la especie de los mamíferos.

En cuanto a la reina de los dragones, no obtuvo el hígado que reclamaba.

Pronto dejó de pensar en ello y se curó muy bien sin él.

Comentario

¿Por qué los viejos reyes se casan
con reinas apenas núbiles?

¿Por qué las jóvenes recién casadas
tienen caprichos extravagantes?
¿Por qué los monos se lanzan atolondradamente
a locas aventuras?
¿Por qué las medusas fieles e ingenuas
son engañadas por los listos
y castigadas por el señor al que han servido
lo mejor que han podido?
¿Por qué el mundo, a través de sus formas múltiples,
es lo que es?
¿Por qué todo eso?

*

*¡La primera luciérnaga!
Se ha ido, ha volado.
El viento me ha quedado en la mano¹⁷.*

«Todo esto es un gran *koan*», dice el maestro del Zen.

*

¿Qué es un *koan*?

El *koan* es una de las vías del Zen. Se trata de un ejercicio mental que tiene por objeto hacernos abandonar nuestros modos habituales de pensar para familiarizarnos con otra aproximación a la realidad. En lugar de las comparaciones, del razonamiento y de la lógica, que nos permiten vincular entre sí a los fenómenos, la gratuidad, la incongruencia e incluso la absurdidad del *koan* nos desestabiliza, nos obliga a ir directamente al corazón de las cosas, y nos ofrece la ocasión de una nueva experiencia, la del «Despertar».

Veamos algunos ejemplos célebres de *koans*:

«¿Cuál era tu rostro antes del nacimiento de tus padres?»

«Conoces el ruido que hacen dos manos, pero ¿cuál es el ruido de una sola mano?»

«—¿Cuál es el principio fundamental del budismo zen?
—pregunta el discípulo.

—El ciprés en el patio.

—Maestro, ¿queréis decir con eso que el ciprés, un árbol de longevidad excepcional, de follaje persistente, de madera casi imputrescible, simboliza el budismo zen?

—No, el ciprés no es un símbolo.

—Entonces, maestro, decidnos, ¿cuál es el principio último del budismo zen?

—El ciprés en el patio.»

Diálogo a primera vista absurdo. El ciprés no es una metáfora, un símbolo, una alegoría, no tiene ningún vínculo racional con el budismo zen y no lo ilumina en nada. Entonces ¿por qué el maestro da esta respuesta? A fin de arrojar al alumno fuera de su funcionamiento mental ordinario. Es necesario desenclavarlo, que deje de fiarse de la lógica, de la razón, y que acoja sin apriorismos, sin juzgar, y casi sin pensamiento, al ciprés: *tal como es*. Así un día le llegará la iluminación, el relámpago del Satori, la intuición de lo que existe bajo el juego de las apariencias: el eterno Atma.

Así, el viejo rey de los dragones y su joven esposa de dieciséis años, así, la medusa ingenua y el mono imprudente, pero también la luciérnaga, y el frescor del viento en la palma abierta... todo se puede considerar no en su aspecto anecdótico, sino esencial. La trama sobre la que se cruzan los hilos de las existencias. El suelo sobre el que danza el

dios Shiva. Todo se puede considerar como un gran *koan*, que nos invita a discernir, más allá de la película, la pantalla, en el menor gusanillo la naturaleza de Buddha, y para mí, que soy cristiano y zen a la vez, en toda cosa la presencia de Dios.

EL MONJE Y EL PINO PIÑONERO

En el Oriente cristiano de los primeros siglos, los estilitas fueron esos anacoretas que establecieron sus celdas en lo alto de pórticos o de columnas en ruina. San Simeón el Antiguo (hacia 390-459) es el más célebre. La leyenda refiere que un monje zen imitó este modelo. Pero a falta de pórticos y columnas, o por gusto por la simplicidad, se instaló en la copa de un pino piñonero. Este árbol, que se encuentra habitualmente en las laderas rocosas y montañosas de la gran isla de Honshu¹⁸, es elegante, en forma de espiral, y su follaje de un hermoso verde oscuro toma en la cima una forma redondeada en forma de parasol. Esta singularidad permite en rigor una instalación precaria, si no agradable, que no está exenta de peligros.

Los habitantes del lugar daban al monje llamado Dori el sobrenombre de «Maestro nido de pájaro». Un célebre poeta decidió hacerle una visita. Cuando llegó al pie del árbol, el monje estaba practicando Zazen, la «postura del despertar»: las piernas dobladas en forma de loto, la espalda derecha, los ojos medio cerrados, la mirada posada a unos dos metros delante de él, las manos en el regazo, con las palmas hacia arriba, la mano izquierda sobre la mano derecha¹⁹, con los pulgares formando una cúpula y tocán-

dose ligeramente. La respiración igual, regular, apacible, los labios juntos sin estar apretados, la lengua apoyada en la bóveda del paladar, la atención fija en *hara*, ese punto situado unos cuatro centímetros por encima del ombligo. La mente, por último, penetrada de silencio. El silencio zen, que no es simple ausencia de ruido, sino que permite aprehender lo esencial, hace próximas y familiares la vida y la muerte, mezcla nuestra pequeña existencia con la Vida universal. abre en nosotros la puerta secreta y el camino al Ab-

8

*

El poeta sumergido en el mundo, lleno de esperanzas, de deseos, de miedos, de ruido, de fiebre y de vanagloria, interpeló al maestro zen:

—Tened cuidado —le dijo—. ¡Podríais caer de este árbol, vuestra postura es peligrosa!

Sólo le respondió el silencio.

Iba a retirarse, un poco despechado, cuando el santo monje pronunció estas palabras:

—Amigo mío, eres un poeta, vives en la emoción, en la pasión, tu mente está sin cesar en movimiento, la percibo ansiosa, atormentada. ¡Eres tú el que estás en gran peligro!

*

Entonces, porque el zen se transmite de espíritu a espíritu, de ser a ser, el poeta conoció su servidumbre y la prisión de su ego. Tuvo el vivo deseo de liberarse:

—Maestro, ¿qué debo hacer? —preguntó con humildad.

—Practica el bien, busca tu rostro original —dijo el maestro.

Y tras decir estas palabras, regresó a su silencio.

Así lo han contado.

LA «PERRA» DEL RUISEÑOR

Esta historia es ahora cosa del pasado. Érase una vez un muchacho que vivía con su madre en una pobre cabaña. Decidió ir a buscar trabajo a la gran ciudad. Por el camino, mientras subía a la cima de una montaña, le sorprendió una tormenta. Caía la noche. A lo lejos divisó una luz y se dirigió hacia ella. Calado hasta los huesos, llamó a la puerta. Una mujer joven sonriente y muy bella le recibió. Su voz era melodiosa, una especie de crescendo líquido, claro y fluido que hacía bailar cada una de sus frases: «Huic, ti-u, ti-u, ti-u...» Le ofreció comida. Mientras comía, la mujer le hizo preguntas.

—Veo —dijo después de haberle escuchado— que esperas encontrar trabajo en Edo, en la gran ciudad. Pero yo vivo sola aquí, ¿quieres trabajar para mí?

El joven aceptó.

*

El muchacho cortaba leña, realizaba las tareas cotidianas, araba el campo. Era animoso y honrado, y la mujer le apreciaba. Un día, ésta dijo:

—Tengo que ausentarme por un tiempo. Sabes que detrás de la casa hay tres reservados. Te pido expresamente

que nunca entres, y ni siquiera mires, en el interior del tercero.

El muchacho obedeció escrupulosamente. Nunca entró en el tercer reservado, y ni siquiera le lanzó una mirada furtiva. Así pasó un año. Una mañana de otoño dijo:

—Quisiera volver a ver a mi madre, ¿podrías darme permiso?

La mujer de la montaña le entregó una moneda envuelta en un bonito papel de seda. «Este es tu salario —dijo—, creo que estarás satisfecho».

El muchacho regresó a su casa. Desplegó el papel de seda. Descubrió una moneda finamente labrada. No sabiendo qué hacer con ella, fue a enseñársela al jefe del pueblo, que exclamó:

—Es una moneda muy rara, a la que llaman «perra del ruiseñor» porque ese noble pájaro necesita mil años para realizarla. Estoy dispuesto a comprártela por mil escudos.

El joven aceptó. Se volvió rico, se casó y vivió feliz.

*

Resulta que tenía un vecino que le envidiaba. Ardía en deseos de poseer a su vez la «perra del ruiseñor». Preguntó al joven cómo se la había procurado, y éste no tuvo ningún inconveniente en darle todas las explicaciones necesarias. El vecino codicioso se fue a la montaña. Encontró a la mujer, que vivía sola. Le ofreció sus servicios. La mujer le contrató. Trabajó con ardor, sabiendo que al cabo de un año obtendría la maravillosa recompensa. Una mañana la mujer le dijo:

—Voy a ausentarme por unos días. Detrás de la casa hay tres reservados, el tercero es secreto y está cerrado. No debes penetrar en él bajo ningún concepto, ni siquiera echarle una mirada.

El vecino codicioso pensó:

—Es en ese lugar donde la mujer esconde su tesoro. Mañana iré con un gran saco, lo llenaré de monedas maravillosas y me convertiré en el hombre más rico de la tierra.

Al día siguiente, cuando se hubo asegurado de que la mujer de la montaña había partido, entró en el tercer reservado.

Entonces vio, en una habitación vacía, una rama de cerezo en flor en la que cantaba un ruiseñor. En cuanto lo vio, el pájaro se fue volando. La casa desapareció al instante y el vecino codicioso se encontró sentado en un montón de maleza. Solo en la montaña.

Así, es así.

*

*Mu-shotoku, el espíritu de no-provecho.
«Así es la vía del Zen», dice el maestro.*

EL DEDO DE ORO

Un día del tiempo pasado, en la antigua China, un ermitaño un poco mago recibió la visita de un amigo de juventud, llamado Siang-Ju. El santo monje vivía desde hacía muchos años en el corazón de la montaña profunda, por lo que recibió a su amigo con efusión y alegría. Le ofreció comida y refugio para la noche.

Al día siguiente le dijo:

—Siang-Ju, en recuerdo de los años de nuestra juventud, quiero hacerte un regalo.

Y apuntando con el dedo a una gran piedra, la transformó en un bloque de oro puro. En lugar de alegrarse, su amigo conservaba un aire ceñudo. Ni siquiera le dio las gracias:

—Monje Wei —le dijo—, he hecho un largo viaje para llegar hasta ti en el corazón de la montaña profunda. ¿Por qué iba a contentarme con un pequeño bloque de oro puro?

El ermitaño, deseoso de complacer a su amigo de juventud, apuntó el dedo hacia un enorme peñasco y lo transformó en un bloque de oro puro.

—Espero que estés satisfecho —dijo riendo— y que tu asno pueda transportarlo.

Pero Siang-Ju no sonreía y conservaba su aspecto ceñudo.

—¿Qué deseas, pues? —preguntó el monje.

Entonces Siang-Ju, su amigo de juventud, sacó el gran cuchillo que llevaba en el cinto.

—Lo que quiero —dijo— es el dedo.

ANSHI

Érase una vez... una suegra atroz, como sólo existen en los cuentos, injusta, áspera, cruel. Había acogido de mala gana a la esposa principal que su hijo había elegido. Anshi, sin embargo, era bella, demasiado quizá para el gusto de la madrastra. Hija de un señor de la corte que había tenido la mala suerte de disgustar al emperador y había caído en desgracia, la noble muchacha había tenido que casarse con un funcionario menesteroso. Conservaba muchos rasgos de su pasado esplendor: su larga cabellera, sus maneras delicadas, la gracia de su silueta, el nácar de sus mejillas, la elegancia de su porte. Pero a la odiosa suegra todo esto la traía sin cuidado y abrumaba a su nuera con tareas domésticas: cocinar, lavar, barrer... La infeliz trabajaba sin descanso a lo largo de todo el día, y como premio no recibía más que palabras hirientes:

—Aquí no estás en la corte —vociferaba la arpía—. ¡Has tenido mucha suerte de casarte con mi hijo, inútil, pretenciosa, desvergonzada!

Anshi se callaba. En la época Heian²⁰, el código japonés, en el capítulo «De los hogares», indicaba los diferentes motivos que justificaban el repudio de una esposa, es decir, su deshonor, su muerte social. Los dos primeros: la esterilidad y el adulterio; el tercero, que es el que nos interesa aquí: «La falta de piedad filial respecto a los suegros».

Esta cláusula dejaba de hecho a la joven recién casada a la merced de su familia política, y de su suegra en particular. Señalemos, a título de información, otros tres motivos de repudio, que dan que pensar:

Los celos. Recordemos que el marido, además de la esposa principal, tenía, según su fortuna y su categoría, varias esposas secundarias y concubinas a discreción, lo que no excluía las visitas regulares a las cortesanas. ¿Por qué su mujer debería estar celosa, en efecto?

La charla (desmesurada). Es bien sabido que un hombre habla, explica, discurre..., y que una mujer charla, parlotea, cotillea...

Y por último la enfermedad. ¿Para qué puede servir una mujer enferma? Es mejor deshacerse de ella.

*

Un día, mientras la bella y desgraciada Anshi cocía el arroz de la comida familiar, su suegra se encolerizó contra ella sin ninguna razón válida. La nuera pareció no hacer caso de sus crueles palabras, pero de pronto retiró del fuego un trozo de madera encendida y lo lanzó violentamente por la ventana; cayó por casualidad sobre un cordero que pasaba y le encendió la lana. El cordero, enloquecido, se puso a correr en línea recta y se arrojó sobre un pajar, que se incendió. Como aquel día hacía mucho viento, el fuego se propagó a los establos y las cuadras. Bueyes y caballos salvajes se escaparon, y en su estampida destruyeron la casa de un vecino. Éste, un hombre vengativo, se peleó con el propietario de los caballos, y así, poco a poco, de pueblo en pueblo y de provincia en provincia, la guerra se extendió como un reguero de pólvora y devastó todo el país. Esto es lo que puede engendrar la maldad de una suegra.

Así lo cuentan de las cosas del pasado.

*

El Karma: la ley búdica de los efectos y las causas. El *karma* es el conjunto de nuestros actos físicos o mentales y el fruto que producen.

*

«El roce de un ala de mariposa cambia el curso de las estrellas».

Sentencia zen

LA LEYENDA DEL CUCLILLO

El gallo francés cacarea en francés: «¡Cocorico!», el gallo alemán, en alemán: «¡Kire-kiki!», y el gallo inglés, como es debido, en inglés: «¡Cook-e-doodle-do!». Los gallos hablan la lengua de sus países respectivos, ¿o quizá son los humanos quienes interpretan a su manera el grito inocente de las gallináceas? La cuestión hace sonreír, pero hay un canto que uno no puede, ciertamente, modular a su gusto: ¡el del cuclillo! En efecto, ¿cómo transformar esa música binaria, repetitiva, de una claridad tan evidente: «cucú... cucú...»? El que ha oído una vez la voz bien timbrada del volatinero de la primavera sabe muy bien que el cuclillo hace «cucú» y nada más. Sin embargo, en el país del Sol Naciente se afirma que el cuclillo no dice «cucú... cucú...», sino «kakkô...kakkô...» Añaden, incluso, que para ello tiene una razón excelente.

*

Hace muchísimo tiempo, papá cuclillo pidió un día a su hija que le rascara la espalda, cosa que él no podía hacer a pesar de sus intentos vanos y desesperados de retorcer el pico. La señorita atravesaba las tormentas de la adolescencia. Se negó a hacerlo, con el pretexto de que a papá no le

gustaba cierto cuclillo juvenil que exhibía una vestimenta pardo-rojiza de muy mal efecto y que le hacía parecer un cernícalo hembra.

—¡Grotesco! —fulminaba papá— ¡Un cuclillo gris se viste de gris!

—¡Tú no sabes nada, es la última moda! —replicaba su hija.

En una palabra, cualquiera que fuera el motivo, la señorita cuclillo se negó a hacer ese favor a su padre. Éste, al que la espalda le picaba furiosamente, fue a frotarse contra una piedra puntiaguda. Se hizo una herida. La herida se infectó. Y se murió. Una historia lamentable... La joven cuclillo sintió tal dolor que desde entonces repite «¡Kak-kô...kakkô...!» que en japonés significa: «¡Rascaré..., rascaré...!» Sí, rascaré la espalda de mi papá.

Por desgracia, es demasiado tarde.

*

El remordimiento es una herida abierta. Tiene efectos deletéreos sobre los demás y sobre uno mismo. Conviene —dice el sabio— asumir los propios errores, ofrecer reparación y olvidarse de ello.

*Las flores en primavera, la luna en otoño,
la brisa fresca en verano, la nieve en invierno.
Libera a tu alma de todo pensamiento vano.
Cada estación será para ti un encanto.*

Mumon (1183-1260),
maestro zen y poeta chino

EL SEÑOR HAN

El honorable señor Han, mandarín de alto rango, gozaba de un retiro amable en su finca campestre. No detestaba la sociedad, y recibía a menudo al señor Siu, un vecino de trato agradable. Aquel día, mientras conversaban los dos bajo la fresca sombra, tomando el té y comiendo pasteles de arroz, les llegó desde las cocinas el ruido de un altercado. El señor Han se informó. ¡Un monje mendicante quería ser recibido por el dueño de la casa en persona!

—Insiste con descaro... —explicó el intendente.

—¡Dejadle venir! —dijo el señor Han.

El monje zen, vestido con ropas gastadas y agujereadas, no tenía buena apariencia. El señor Han le interrogó con bondad:

—Llegué hace poco a vuestra pequeña aldea —dijo el miserable clérigo—. Me he instalado en el templo en ruinas, al este del pueblo. ¡Me han hablado de vuestra generosidad, y por esto he venido!

Mientras hablaba, el monje andrajoso se servía abundantemente de los alimentos dispuestos en la mesa. Apreciaba los pasteles de arroz, tanto los salados como los dulces. Picoteaba a su gusto en los tazones de porcelana y comía aquí semillas de calabaza, y allí de girasol. No desdenaba los panecillos de carne, y se comió tres, perfuma-

dos con semillas de sésamo y de loto. Entre dos bocados cogía almendras y frutos secos y, para digerirlo todo, bebía numerosas tazas de té. Una veintena, contabilizó el señor Siu, al que la desvergüenza del personaje escandalizaba.

El monje adquirió la costumbre de acudir regularmente a la casa del señor Han. Llegaba habitualmente a la hora de la merienda. Se invitaba a la mesa, se servía copiosamente y bebía hasta saciarse. El señor Han le miraba actuar con una sonrisa indulgente. El señor Siu lo soportaba cada vez menos. Una tarde, cuando el monje se tragó su duodécima taza de té y mordía sin manías un succulento pastel de arroz, el señor Siu le interpeló con una pizca de ironía:

—Santo varón, a mi amigo el señor Han y a mí mismo nos halaga vuestra constancia en compartir nuestras humildes comidas, ¿quizá aceptaréis recibirnos en vuestra casa?

El monje respondió con calma:

—Venid cuando queráis, pero, ya lo sabéis, vivo en unas ruinas y me costaría mucho ofreceros otra cosa que tazas de agua clara.

Y se rió a carcajadas.

*

Cuando llegaron ante las antiguas ruinas del templo, en las que el monje había establecido su residencia, el señor Han y el señor Siu se quedaron boquiabiertos. Se habían realizado obras importantes. El edificio central estaba completamente restaurado. Penetraron en una sala magnífica, en la que les esperaba una mesa inmensa cubierta con un mantel bordado. Ante sus ojos maravillados se desplegaba una profusión de platos. Se sentaron en unas camas.

Dieciséis muchachos jóvenes y hermosos, vestidos con trajes de gala y calzados con sandalias rojas, les servían con diligencia, atentos a sus menores deseos. Les ofrecieron, en platos de cristal y de jade, frutos desconocidos y deliciosos. Su propio anfitrión, vestido de brocado y oro, les servía en unas copas de un pie de ancho un vino perfumado digno de los inmortales.

De pronto el monje dio unas palmadas:

—¡Que hagan venir a las hermanas Cheh! —exclamó.

Un sirviente se apresuró y volvió muy pronto acompañado de unas muchachas encantadoras; sus flexibles cinturas se doblaban como sauces. La mayor tocaba la flauta y la más joven cantaba con una voz delicada y cristalina. Después se pusieron a danzar. Sus largos vestidos flotaban sobre el suelo y las envolvía una nube de perfume embriagador. El señor Han y el señor Siu sintieron que «su corazón se ensanchaba y su alma alzaba el vuelo». En aquel momento el monje invitó a la danzarina más joven a que se le uniera en su lecho, mientras que la mayor, inclinada sobre ellos, les abanicaba suavemente. El señor Han y el señor Siu, ligeramente ebrios, aturdidos por el vino maravilloso que habían bebido, contemplaban ese espectáculo con estupor. El señor Siu fue el primero en reaccionar:

—¡Este monje es decididamente un personaje impúdico y desvergonzado!

Y se levantó vacilante, pero cuando se acercó el monje había desaparecido:

—¡Señor Han! —llamó— ¡Venid! Estas jóvenes están a punto...

Y el señor Siu se tendió con la más joven sobre el lecho que el monje acababa de abandonar. El señor Han a su vez tomó en sus brazos a la mayor, cuya cintura se doblaba como el sauce, y se tendió a su lado. Entonces el cielo se

iluminó. El sueño de la embriaguez se disipó. El señor Han y el señor Siu estrechaban entre sus brazos unas frías losas de piedra. Estaban acostados en medio de ruinas, de edificios abandonados y de habitaciones derruidas.

Así lo han contado.

*

Todo en este mundo es ilusión. Todo en este mundo es efímero. El niño desaparece, el adolescente se desvanece, y ¿qué queda del adulto cuando llega la vejez?

Todo cambia, todo huye. Pero tú, quienquiera que seas, no eres solamente ese pequeño montón de secretos, de miedos, de deseos y de gritos que tú llamas «yo», tú eres la Realidad inmortal, «TAT TVAM ASI», «TÚ ERES ESO» que no muere, tú eres el Absoluto, tú eres el Infinito.

Todo cambia, todo huye, todo muere, sólo permanece el eterno Atma.

CHAO-CHU

Un día en que Chao-Chu cayó en la nieve, gritó: ¡Socorro, socorro!». Un monje vino a tenderse a su lado. Entonces Chao-Chu se levantó y se fue.

*

—¿Esto es un cuento? —pregunta el discípulo.

—Sí —dice el maestro.

—Pero es un cuento absurdo. El personaje central cae en la nieve y parece incapaz de levantarse. ¿Por qué? ¿Es un niño, un anciano, un lisiado, se ha sentido indispuerto, había un hoyo en el camino? Aparece un monje que, en vez de socorrerle, de tenderle la mano, se echa a su lado. Es un acto incomprensible, irrazonable, descabellado. ¿No sois de esta opinión, maestro?

—Reflexiona —dice el maestro del Zen—, este cuento es un *koan*, que puede ayudarte en el camino del Despertar.

El discípulo se pone a buscar. Pero los días pasan y sigue sin comprender nada de ese cuento. Veamos, si Chai-Chu estaba herido, ¿cómo ha podido curarle la sola presencia de un monje a su lado? ¿Era un mago ese monje?

Supongamos, se dice el discípulo, que Chao-Chu viera un fantasma, un dragón, que estuviera paralizado de miedo, la santa presencia del monje a su lado le hace recobrar el valor, le permite salir fuera del hoyo. Pero entonces ¿por qué no da las gracias a su salvador? ¡Se aleja, indiferente, como si el monje no existiera! El discípulo se afanó así durante varios años, dando vueltas y más vueltas al problema en su cabeza. ¿Por qué —se preguntaba— el monje no pregunta sobre la situación de la víctima tendida en la nieve? Con toda lógica, tendría que preguntarle: «¿Estás herido?». En vez de eso, se echa a su lado y no le ayuda de ninguna manera, lo cual es propiamente extravagante. ¡Y Chao-Chu se levanta, curado como por un milagro! Se diría que son dos personajes suspendidos a los dos extremos de una polea. Cuando uno se echa, el otro se levanta. Dos marionetas que representan una escena muda, indescifrable para siempre.

*

Una mañana, mientras estaba meditando sobre el *koan*, el discípulo tuvo una visión del Buddha Sakyamuni sentado en el trono del cielo. El dios hacía girar suavemente una flor de loto entre sus dedos. A su alrededor, prorrumpían las preguntas, y él lo miraba, a él, al discípulo, sonriendo, haciendo girar suavemente entre sus dedos la flor de loto. Entonces el discípulo atravesó la «puerta sin puerta», y comprendió el cuento, cuyo sentido se le escapaba desde hacía largos años. Conoció el Despertar²¹. Supo la verdad oculta en el corazón de las cosas. El *koan* es un muro contra el que se rompen todos los esfuerzos intelectuales. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el sabor de lo dulce o de lo salado?

Así ocurre con la naturaleza de Buddha, del eterno Atma.

EL TAMBOR MÁGICO

*¿Mis poderes sobrenaturales, mis poderes maravillosos?
Son sacar agua y traer leña.
P'ang Yun (740-811)*

Érase una vez un muchacho llamado Gengorô. Era un desharrapado, un golfo, un vagabundo, que arrastraba por los caminos sus harapos y no tenía padre, ni madre, ni casa. Una mañana de verano se despertó a la orilla de un río y descubrió entre la espesura un pequeño tambor mágico, abandonado por algún dios de las aguas. Muy contento con esa ganga, lo cogió, lo ató a su cinturón y quiso verificar inmediatamente sus poderes:

—¡Nariz, crece, crece! —dijo, tocando el tambor, y su nariz creció y creció, y cuanto más tocaba el tambor más se alargaba su nariz. Su apéndice pronto cruzó el río y, con gran regocijo por su parte, salió por encima de la copa de los árboles, al otro lado del agua.

—¡Nariz, encógete, encógete!— dijo entonces tocando el tambor, y su nariz volvió a su medida normal.

Era un juego muy distraído, y Gengorô, que era un bromista, lo habría prolongado un buen rato. Pero, mientras caminaba, reflexionaba. Utilizado con tino, ese tambor mágico podía procurarle gloria y fortuna. En aquel

momento pasaba por delante de la residencia de un gran señor que tenía, decían, una hija bella como el sol, en edad de casarse. Gengorô, con su tambor mágico sujeto al cinto, merodeó por los alrededores. Finalmente descubrió un agujero en un seto, se metió en él y, después de atravesar varios patios, se encontró en el gineceo. Allí, una muchacha bellísima, como sólo existen en sueños, estaba sentada al borde de un estanque y contemplaba en el agua una flor de loto. Gengorô se acercó y murmuró, tocando su tambor mágico:

—Nariz de muchacha, encógete, encógete...

La nariz de la joven disminuyó y disminuyó hasta que al fin desapareció. Cuando el gran señor vio a su hija lanzó un grito de espanto. No tenía nariz, su rostro era plano como una torta.

¡Ay! —dijo el desgraciado padre— ¿Cómo vamos a casar a nuestra hija ahora, quién querrá a un monstruo? Es absolutamente necesario encontrarle un médico que le devuelva su nariz y su desaparecida belleza.

*

Entonces desfilaron por la noble mansión los médicos más célebres de todo el país, pero también los curanderos, los magos e incluso los charlatanes. No se rechazaba a nadie, pues se esperaba ansiosamente un milagro.

En ese momento fue cuando Gengorô se presentó. Los sirvientes estuvieron a punto de echarle, tan pobre era su aspecto, pero obedecieron las consignas y fue introducido a su vez en la habitación de la muchacha, que se ocultaba detrás de un biombo. Gengorô se instaló y dijo en voz alta mientras tocaba discretamente su tambor mágico:

—¡Nariz de muchacha, crece, crece!

¡Oh milagro, a medida que hablaba y tocaba el tambor, la nariz aparecía, se destacaba, recobraba su dimensión habitual! El gran señor, loco de alegría, colmó a Gengorô de regalos. Dieron un magnífico banquete en su honor. Recibió un vestido nuevo, una indumentaria completa, un palanquín y varios sirvientes. Incluso le ofrecieron una casa y las tierras colindantes. Gengorô llevó durante un tiempo una existencia llena de placeres, y, si hubiera querido, habría hecho fortuna. Pero pronto se aburrió. Una mañana, tras darle las gracias al gran señor por sus favores, volvió a la carretera, pues prefería, a la riqueza y los honores, la pobreza y su insolente libertad.

*

—¡Maestro, mostradme la Vía de la liberación!
—¿Quién te ha encadenado? —pregunta el maestro—
¡Dime su nombre!
—Nadie —dice el discípulo.
—¿Entonces por qué pides la liberación?

A MODO DE DESPEDIDA...

Un monje zen se disponía a hablar en la plaza mayor de un pueblo. Había redactado cuidadosamente su discurso, y se disponía a leerlo cuando una ráfaga de viento se llevó volando los papeles hasta las ramas de un limonero. Cogido desprevenido, incapaz de recuperar el hilo de su arenga, dijo:

—Amigos míos, he aquí, en resumen, lo que quería exponeros: cuando tengo hambre, como, y cuando estoy fatigado, duermo.

—Pero ¿acaso no todo el mundo hace lo mismo, maestro? —pregunta alguien de la multitud.

—¡No! ¡No de la misma manera!

—¿Por qué, maestro?

—Cuando la gente come, piensa en mil cosas, cuando se duerme, piensa en sus problemas. ¡Por eso no hace como yo!

Entonces el monje descendió y se mezcló con ellos, recogió las limosnas y a los que le preguntaban les respondía: «En cuanto a los detalles, los encontraréis en las ramas del limonero...»

NOTAS

1. El epígrafe: «Ocurre algo», de Philippe Jaccottet, está extraído de su obra *Haïku* (ed. y trad. Philippe Jaccottet), © Éditions Fata Morgana, 1996.

2. Honshu: la mayor isla del Japón, donde se encuentra hoy Toquio.

3. *Daymio*: señor feudal, al que los samuráis juraban fidelidad.

4. *Atma* o *atman*, término sánscrito que significa el Sí, el Infinito, el Bien supremo, el Absoluto.

5. *Heian-Kyo*: «Capital de la paz y la tranquilidad», nombre dado a la actual ciudad de Kyoto por Temmo-Tennô cuando inauguró esa ciudad nueva en el año 794. Kyoto, que quiere decir simplemente «capital», no se aplicó a Heian-Kyo hasta finales del siglo XI.

6. El haiku de Buson está traducido por Philippe Jaccottet en *Haïku*, *op. cit.*

7. Sobre el Despertar de Tchao-Pien, véase *Le Zen*, de Robert Linssen, © Marabout, 1969, p. 101. Las palabras del Magnificat han sido adaptadas por Henri Brunel.

8. Sesshin: retiro zen, de una semana en general, durante el cual se practica el Zazen (la meditación en posición sentada) de forma intensiva.

9. Edo: «Puerta de la bahía», antiguo nombre de la ciudad de Toquio, usado entre 1180 y 1868.

10. Li: medida de longitud china: aproximadamente 576 metros.

11. Los «cuatro inconmensurables» (*shiguseigan*) o los «cuatro grandes votos universales»:

Por numerosos que sean los seres vivientes, hago el voto de salvarlos a todos.

Por numerosas que sean las pasiones malas, hago el voto de vencerlas todas.

Por numerosos que sean los *dharmas* (leyes), hago el voto de realizarlos todos.

Por perfecta que sea la ley de Buddha, hago el voto de realizarla.

12. La cita de Marguerite Yourcenar está extraída de la obra *Les Yeux ouverts* (Conversaciones con Matthieu Galey), © Centurion, 1980.

13. Estos cuatro poemas pertenecen al folklore chino (siglo XII a siglo VII a. de J.C.). Traducción del autor.

14. Los *inmortales* son unos personajes legendarios que deben su estado a sus méritos excepcionales. Viven en el mar del Este, en un palacio de oro. Algunos tienen el poder de expulsar a los demonios.

15. Haiku de Bashô, traducido por Philippe Jaccottet en *Haïku, op. cit.*

16. «El Canto de Zazen», de Hakuin Ekaku Zenji, está traducido por Christian Bruyat, en David Scott y Tony Doubleday, *L'Essentiel du Zen*, © Calmann-Lévy, 1998. Las frases de san Agustín están extraídas de las *Confesiones*, Libro X.

17. Haiku de Issa, traducido por Philippe Jaccottet en *Haïku, op. cit.*

18. Véase nota 2.

19. En la India, la mano derecha se coloca sobre la mano izquierda, que se considera impura. En la China y el Japón, es a la inversa. En efecto, en estos dos países la mano izquierda se asimila al Yin: la calma, la armonía, y la mano derecha al Yang: el dinamismo, la energía. Durante el Za-zen lo que prevalece es la paz, y la mano izquierda sobre la derecha.

20. La época Heian (siglos X y XI), período de gran desarrollo de las artes y las letras, que se ha comparado con el siglo de Luis XIV.

21. Despertar: fin del sueño de la ignorancia en el que está sumido el hombre corriente.

ÍNDICE

ÉRASE UNA VEZ EL ZEN	9
<i>El noble samurai (Japón)</i>	11
<i>El ladrón y el monje (China)</i>	13
<i>El diamante del emperador (Japón)</i>	16
<i>Un asno en China (China)</i>	19
<i>La tortuga y las dos garzas (China)</i>	23
<i>El león y el conejito blanco (China)</i>	28
<i>Historia de Ryonen (Japón)</i>	32
<i>La grulla cenicienta (Japón)</i>	35
FRAGMENTOS DE ZEN	42
<i>El dios del mar (Japón)</i>	43
<i>Érase una vez tres jinetes (Japón)</i>	45
<i>Yamamba (Japón)</i>	49
<i>El dragón de la lluvia (China)</i>	52
<i>El plumaje negro del cuervo (Japón)</i>	56
<i>La «perla de viento» (China)</i>	59
<i>La mujer de hielo (Japón)</i>	62
<i>Un médico, un zorro y una serpiente (India)</i>	65
FRAGMENTOS DE ZEN	71
<i>Choei-Yun, la cortesana (China)</i>	72

<i>Almohada del este, almohada del oeste (China)</i>	78
<i>La campanilla de plata (Japón)</i>	81
<i>La alondra y el sol (Japón)</i>	84
<i>El príncipe Thou-Ti y los dragones (China)</i>	86
<i>La muchacha topo (Japón)</i>	89
<i>La pequeña llana encantada (China)</i>	92
<i>El pequeño mono (Japón)</i>	95
FRAGMENTOS DE ZEN	97
<i>El rey de los dragones se casa (China)</i>	98
<i>El monje y el pino piñonero (Japón)</i>	106
<i>La «perra» del rruiseñor (Japón)</i>	109
<i>El dedo de oro (China)</i>	112
<i>Anshi (Japón)</i>	114
<i>La leyenda del cuclillo (Japón)</i>	117
<i>El señor Han (China)</i>	119
<i>Chao-Chu (China)</i>	123
<i>El tambor mágico (Japón)</i>	125
A MODO DE DESPEDIDA	128
NOTAS	129